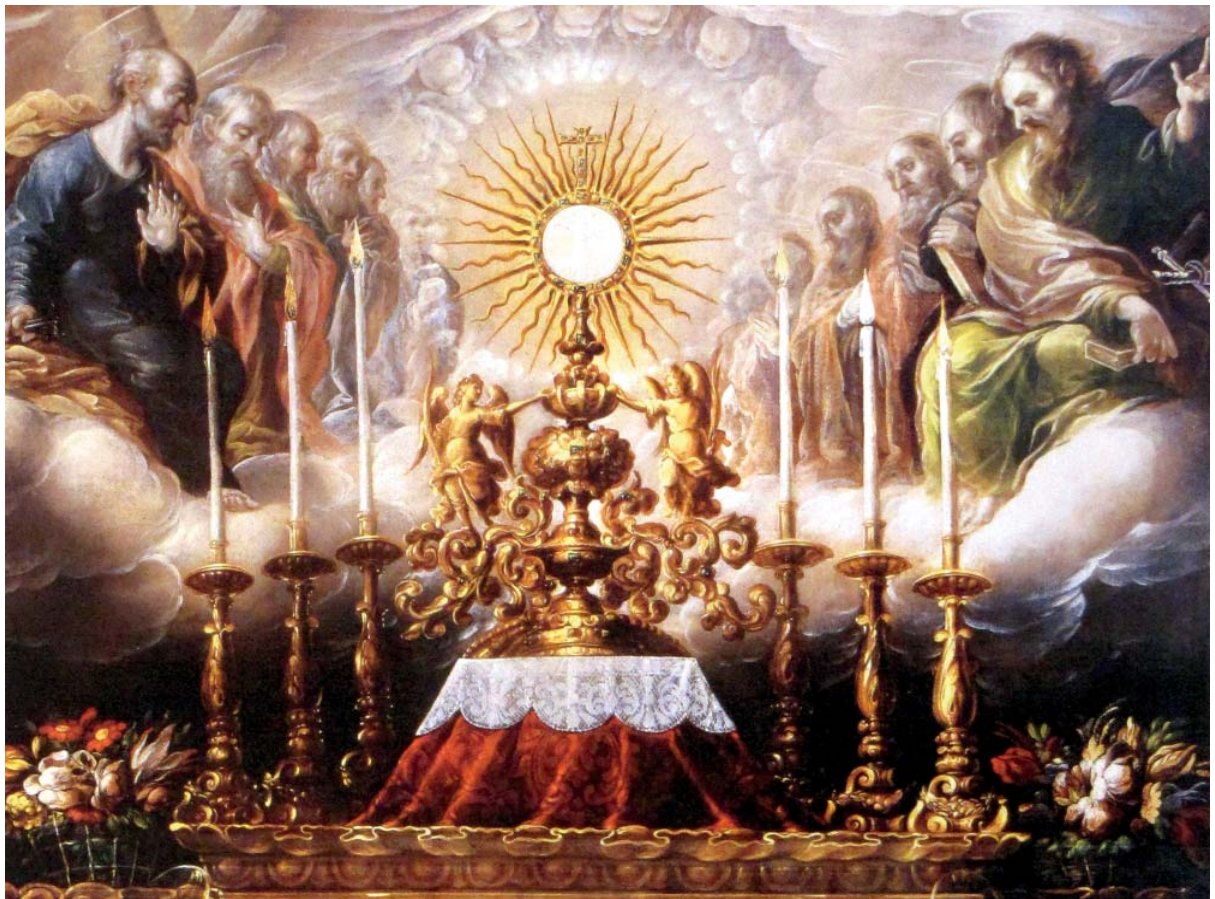


CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

APÓSTOLES DE LA EUCARISTÍA



«La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en el sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo.

No cese nunca nuestra adoración».

JUAN PABLO II, *Dominicae cenaes*, 3

Año LXXVII- Núm. 1091-1092 Junio-julio 2022



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	29	Orientaciones bibliográficas <i>Francesc Maria Manresa Lamarca</i>
5	Carlos de Foucauld, una vida ante el Santísimo <i>Jorge Soley Climent</i>	32	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
9	El padre Eymard: «Adorar y hacer adorar» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	35	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
13	Amemos al Santísimo Sacramento apasionadamente <i>San Julián Eymard</i>	38	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
17	El reinado eucarístico de Jesús <i>Dominique Rey</i>	40	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
19	Carlo Acutis: «La Eucaristía es mi autopista al Cielo» <i>Eduardo Iribas Jimeno</i>	42	Actualidad política <i>Jorge Soley/ Piero Viganego Busquets</i>
22	Manuel González, el obispo de los sagrarios abandonados <i>Almudena Calonge Arias</i>	45	Studium Orlandis (Barcelona) CURSO 2022-2023
25	Un niño judío converso por la Eucaristía <i>Hermann Cohen</i>	46	Nuevas publicaciones de las obras completas de Francisco Canals

Razón del número

La Eucaristía, don del Corazón de Jesús

En nuestros días, después de años de «sequía» espiritual eucarística ha vuelto a crecer de un modo admirable y humanamente inesperado la devoción eucarística

DESDE sus orígenes la devoción a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús estuvieron si no identificadas, por lo menos intrínsecamente unidas. Basta recordar las conocidas palabras que santa Margarita pone en labios del Sagrado Corazón de Jesús, en un día de la octava del Corpus de junio de 1675 estando en adoración al Santísimo Sacramento. Se trata de la llamada cuarta revelación o la «revelación principal» de Paray-le-Monial. El Corazón de Jesús, después de recordar-

La fiesta del Sagrado Corazón viene a completar la fiesta del Corpus: en ella se nos recordará el amor de Dios a los hombres y además se nos mostrará el Corazón de Jesús pidiendo correspondencia a ese amor

le a la santa su amor a los hombres, amor no correspondido, especialmente «por la falta de gratitud, irreverencias y sacrilegios y por la frialdad y desprecio con que tratan este Sacramento del amor», le pide que se

«dedique el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento una fiesta particular para honrar mi Corazón». Corresponder a esta petición significaba extender el culto al Sagrado Corazón a toda la Iglesia mediante la celebración de una fiesta litúrgica dedicada al Sagrado Corazón de Jesús; vinculada con la fiesta del Corpus Christi, y de este modo se manifestaría la relación intrínseca entre ambas devociones. La institución de la fiesta encontró dificultades y resistencias: habrá que esperar al 8 de mayo de 1873, cuando fue aprobada la fiesta para toda la Iglesia por el papa Pío IX. Esto significaba la aprobación formal por parte de la Iglesia de la devoción al Corazón de Jesús tal como lo había pedido a santa Margarita.

La fiesta del Corpus Christi, instituida en el siglo XIV, estaba dirigida a recordar a toda la Iglesia el gran misterio de nuestra fe que pedía por parte de los hombres adoración y reconocimiento público. Como si, recordando aquellas palabras de san Francisco de Asís gritando por las calles: «El Amor no es amado», éstas tuvieran respuesta en la proclamación gozosa y manifestación pública de amor al misterio eucarístico tam-

bién por las calles de las ciudades. Pero no era suficiente el Corpus, los hombres se han ido alejando de Dios, se han olvidado de aquella verdad que es el centro del mensaje evangélico, lo más importante para que sus vidas tengan sentido: que eran amados por Dios, por un Dios que se ha hecho hombre y que nos muestra su Corazón herido por el desamor de aquellos por los que ha venido al mundo. **La fiesta del Sagrado Corazón viene a completar la fiesta del Corpus:** en ella se nos recordará el amor de Dios a los hombres y además se nos mostrará el Corazón de Jesús pidiendo correspondencia a ese amor para que más fácilmente descubran lo muy necesitados que se encuentran del amor de Dios.

El padre Ramière subrayaba esta íntima vinculación de la devoción al Corazón de Jesús con la Eucaristía cuando afirmaba que «la completa manifestación del amor del Corazón de Jesús sólo se encuentra en el San-

tísimo Sacramento de la Eucaristía, el mismo divino Salvador, al revelarnos la devoción a su Corazón nos mostró la conexión íntima de ella con la devoción a la Santa Eucaristía, no lo separemos, pues, jamás».

El gran apóstol de la Eucaristía, **Julián Eymard**, se hace eco de esta exigencia misericordiosa de amor recíproco entre Dios y los hombres: «Puede decirse que en gran parte instituyó la Eucaristía para que los fieles acudiesen a su lado con el fin de consolarse de sus dolores, de su pobreza, de su Cruz. ¡Llega Jesús hasta mendigar la compasión y la correspondencia de Amor!... Finalmente, Jesucristo quiere vivir entre nosotros y atestiguarlos en la Eucaristía su ardiente caridad, porque ve el Amor infinito de su Padre celestial hacia los hombres y siente la necesidad de pagarle por nosotros la deuda de amor que hemos contraído con Él. Además de esto, Nuestro Señor nos deseaba, tenía necesidad de nosotros».

Cristiandad acostumbra a dedicar el número del mes de junio a recordar la devoción al Corazón de Jesús, «santo y seña» de nuestra revista: este año el tema central es la Eucaristía teniendo presente que es la principal y más grande manifestación de su amor. **En nuestros días, después de años de «sequía» espiritual eucarística ha vuelto a crecer de un modo admirable y humanamente inesperado la devoción eucarística.** Se multiplican las capillas de adoración perpetua, vuelven a practicarse las Horas Santas en muchísimas parroquias, las procesiones del Corpus vuelven a salir por las calles de las ciudades. Todo ello constituye una llamada a la esperanza y a la acción de gracias a Dios. Que las páginas de este número ayuden a sus lectores a vivir estos momentos de gracia con que Dios regala a su Iglesia en estos tiempos de silencio y olvido de Nuestro Señor en tantos ambientes.

«Todo parte del Corazón de Cristo»

Todo parte, se podría decir, del Corazón de Cristo, que en la Última Cena, en la víspera de su pasión, dio gracias y alabó a Dios y, obrando así, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía. El hecho de que el Sacramento del altar haya asumido el nombre de «Eucaristía» –«acción de gracias»– expresa precisamente esto: que la conversión de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo es fruto de la entrega que Cristo hizo de sí mismo, donación de un amor más fuerte que la muerte, amor divino que lo hizo resucitar de entre los muertos. Esta es la razón por la que la Eucaristía es alimento de vida eterna, Pan de vida. Del Corazón de Cristo, de su «oración eucarística» en la víspera de la pasión, brota el dinamismo que transforma la realidad en sus dimensiones cósmica, humana e histórica. Todo viene de Dios, de la omnipotencia de su amor uno y trino, encarnada en Jesús. En este amor está inmerso el Corazón de Cristo; por esta razón Él sabe dar gracias y alabar a Dios incluso ante la traición y la violencia, y de esta forma cambia las cosas, las personas y el mundo.

Benedicto XVI, festividad de Corpus Christi, 23/6/2011

Carlos de Foucauld, una vida ante el Santísimo

Jorge Soley Climent

«Desde que creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir para Él» (Carlos de Foucauld)

SON numerosos los aspectos a destacar en la intensa y agitada vida del ya santo Carlos de Foucauld. Pero si hay algo que resaltar en primer lugar, que ilumina y orienta su vida a partir de su conversión, es la adoración al Santísimo, ante quien pasará cada vez más tiempo y del que ya no querrá separarse jamás.

Carlos de Foucauld nace en 1858 en una familia cristiana perteneciente a la antigua nobleza francesa, pero a los seis años quedará huérfano de padre y madre y fue criado por sus abuelos maternos en Estrasburgo. Este hecho provoca que su primera comunión sea algo tardía, al estar la ciudad asediada por los prusianos. Su única hermana, María, dos años menor, le regalará en esa ocasión las *Elevaciones de Dios* sobre todos los misterios de la religión cristiana, de Bossuet. Años después, tras su conversión, escribirá que aquel fue «el primer libro cristiano que leí antes de mi conversión, el que me ha hecho entrever que la religión cristiana podría ser verdadera».

Ya adolescente, en el liceo de Nancy, leerá mucho y sin criterio, llegando a la conclusión de que «los filósofos están todos en desacuerdo, así que

nada es verdadero». Emprende luego la carrera militar en el arma de caballería, pero sus prometedores primeros pasos se ven comprometidos por el escándalo de instalarse en Argelia con una mujer con quien no estaba casado. Forzado a dimitir y a pasar a la reserva, emprende un arriesgado proyecto de exploración geográfica de Marruecos: en once meses, desde 1883 a 1884, llegará a regiones nunca antes descritas, lo que le valdrá el reconocimiento y la medalla de honor de la Sociedad Geográfica. Pero hay más: la religiosidad de aquellas gentes del Magreb impacta a Foucauld, quien confiesa a un amigo que «La visión de esa fe, de esas almas viviendo en la continua presencia de Dios, me hizo entrever unas cosas más grandes y más verdaderas que las ocupaciones mundanas».

Tras diversos proyectos de matrimonio fallidos y un nuevo viaje de exploración, esta vez por Argelia, Foucauld vive un periodo de tranquilidad en París junto a su familia. Es entonces cuando reencuentra aquel antiguo regalo de Primera Comunión: «por azar leí algunas páginas de un libro de Bossuet en el que encontré mucho más de lo que había encontrado en los moralistas antiguos», escribirá al



San Carlos de Foucauld (1858-1917)

respecto. Tras este redescubrimiento decide estudiar la religión católica en los cursos que impartía el **padre Huvelin**, de la parroquia de San Agustín, y que se convertirá más adelante en su consejero espiritual: «Iba a la iglesia, sin creer, pero sin encontrarme bien en ningún otro lugar que allí y pasando largas horas repitiendo esta extraña oración: Dios mío, si existes, haz que te conozca». Y Dios respondió a esa insistente oración con su gracia, a través de una confesión: «¡Desde ese día toda mi vida no ha sido más que un encadenamiento de bendiciones!», no se cansará de proclamar después Carlos de Foucauld.

A partir de esta conversión, su vida da un vuelco que le llevará por caminos hasta entonces insospechados. Un recorrido en el que juega también un importante papel su prima, **Marie de Bondy**, que le descubre el culto al Santísimo Sacramento y la devoción al Sagrado Corazón. Un camino marcado por una entrega total, como expresa en su diario con estas palabras: «Desde que creí que había un Dios, comprendí que no podía

hacer otra cosa que vivir para Él». Carlos de Foucauld ha encontrado a Jesús, alguien vivo, presente en cada momento y lugar, que estaba esperándole, que le perdona y que le ama infinitamente. ¿Hasta dónde? Hasta dar su vida y, después, entregarse a los hombres en el sacramento de su presencia. No es que Foucauld haya descubierto que Dios existe, lo que comprende es mucho mayor: está aquí y se puede estar con Él, permanecer con Él, hablar con Él. Carlos de Foucauld, que tanto había dudado, parece no dudar ya ni un solo instante de la realidad de la presencia de Jesús en el sagrario.

La comunión «casi diaria», en sus propias palabras, será el medio de unirse a Jesús de la forma más íntima posible y de darle sentido a su vida. **Una vida volcada al culto al Sagrado Corazón y al Santísimo, que no son más que una única expresión de ese amor de Cristo que constituye el núcleo, la esencia, de la religión cristiana.**

En 1888, siguiendo la sugerencia del padre Huvelin, emprende un

viaje a Tierra Santa, donde intuye que su vocación es «la imitación de la vida escondida del humilde y pobre obrero de Nazaret». En 1890 ingresa en la Trapa de Nuestra Señora de las Nieves, en Francia, donde su vida tiene como centro la Eucaristía y Nazaret: «en la medida de lo posible me mantengo a los pies del Santísimo Sacramento. Jesús está ahí... Me veo como si estuviera junto a sus padres, como Magdalena sentada a sus pies en Betania». Es aquí donde, intentando imitar con mayor perfección a Cristo, empieza a componer un librito con fragmentos del Evangelio que le ayudarán a conocer más a su Maestro. En la primera página de ese cuaderno dibuja un Corazón coronado por una Cruz que será ya siempre su emblema durante el resto de su vida. Durante estos años se alimentará espiritualmente también del *Abandono en la divina Providencia*, del padre Caussade y de las obras de san Juan Crisóstomo.

Pero el Señor tiene otros planes para Foucauld, que abandona la Trapa tras siete años de vida monásti-

ca. Se instala entonces, solo, junto a un convento de clarisas donde el Santísimo está expuesto con mucha frecuencia.

No todo son facilidades; también experimenta momentos en los que la oración ante el Santísimo no le es fácil. Escribe a propósito: «Delante del Santísimo no consigo hacer oración durante mucho tiempo: mi estado es extraño; todo me parece vacío, hueco, nulo, sin medida, excepto mantenerme a los pies de Nuestro Señor, y mirarle... Y luego, cuando

Una vida volcada al culto al Sagrado Corazón y al Santísimo, que no son más que una única expresión de ese amor de Cristo que constituye el núcleo, la esencia, de la religión cristiana

estoy a sus pies, estoy seco, árido, sin una palabra ni un pensamiento, y a menudo, ya veis, acabo por dormirme. Leo por voluntad, pero todo me parece vacío». Son momentos de oscuridad que Dios permite para que su alma crezca en amor y conocimiento del Señor. También de esta época se conserva una meditación sobre la Eucaristía en la que expone, desde la perspectiva de Jesús, lo que significa este sacramento en el que Dios ha superado infinitamente todo lo que los hombres pudiéramos imaginar: «En primer lugar, mi presencia constante; en segundo lugar, mi ser entero, Dios y hombre, entrando en tu cuerpo y recibido por ti como alimento; en tercer lugar, yo, encarnándome sobre el altar y ofreciéndome por todos vosotros a mi Padre en sacrificio... Son tres dones, infinitos los tres, que os hago».

Más adelante, explicando el segundo aspecto, hablará de la unión nupcial de Jesús con los hombres: «por el segundo me tocáis, vuestra lengua, vuestra boca toca mi cuerpo; mi ser entero desciende en vosotros; os doy prueba de mi amor y a través de ello os incito fuertemente a devolverme amor por amor... Mirad qué maravilla, qué unión inefable, qué unidad de amor pongo por un lado entre mí y vosotros, y por otro entre vosotros, unos con respecto a otros, al daros mi cuerpo en alimento». En cuanto al tercer aspecto, el de ofrenda y sacrificio al Padre, pone en boca de Jesús estas palabras: «Pero esto no es todo: yo me entrego a vosotros... en tercer lugar, para ser vuestra víctima, para ser ofrecido a mi Padre en sacrificio de alabanza y de adoración... Considerad por tanto como debéis multiplicar estos sacrificios que dan a Dios tanta gloria... multiplicar los sacerdotes que puedan ofrecerlo».

Carlos de Foucauld se va a ver impelido a dar vida a **una nueva congregación cuya finalidad será llevar una vida pobre trabajando y adorando al Santísimo Sacramento**. En ella el oficio divino será reemplazado por la adoración del Santísimo expuesto, que será el centro de su vida y de su apostolado, salvando al mundo por medio de acercarle esta presencia de Jesús. En junio de 1897 escribe unas impactantes palabras que leerá a diario desde entonces: «Piensa que debes morir como un mártir, despojado de todo, tendido en el suelo desnudo, irreconocible, cubierto de sangre y heridas, violenta y dolorosamente asesinado... y desea que sea hoy». Foucauld redactará también la Regla de los Eremitas del Sagrado Corazón con abundantes citas del Evangelio, como si fuera un libro de piedad sin mayores pretensiones, pero insistiendo en

lo que mueve toda su vida: seguir e imitar a Jesús en su vida oculta en Nazaret, permanecer a los pies de Jesús presente en el sacramento de la Eucaristía y hacerle presente en tierra de misión.

Carlos de Foucauld le pide a su director espiritual, el padre Huvelin, permiso para tomar como nombre el de Hermano Carlos de Jesús, lo que se hace efectivo en abril de 1899. **Su Regla está fechada el 9 de junio, el día en que León XIII consagra la raza humana al Sagrado Corazón, consagración ésta que Carlos de Foucauld recitará a diario el resto de su vida**. Al año siguiente, en 1900, comprende que debe de ser ordenado sacerdote para poder llevar consigo la Eucaristía allá donde vaya. Regresa a Francia para prepararse y el 9 de junio de 1901 es ordenado en la capilla del seminario de Viviers.

Es entonces cuando Carlos de Foucauld añade al Corazón de Jesús dos palabras: «Jesus», en la parte superior, y «Caritas», en la inferior, completando así el símbolo con el que acompañará todos sus escritos y correspondencia. Convencido de que los medios de sus esfuerzos evangelizadores son, antes que nada, eucarísticos (la Santa Misa y la presencia real por la cual la Santa Hostia irradia su presencia en el mundo), el hermano Carlos parte hacia el Sahara.

Ya en Beni-Abbès, donde recaló en octubre de 1901, se esfuerza por multiplicar las horas de exposición del Santísimo Sacramento, lo que alimenta su entrega al prójimo: «Jesús, bajo la forma de los pobres, de los enfermos, de un alma cualquiera, me llama a otros lugares». Se admira contemplando la belleza de las puestas de sol en el desierto y sus claras noches, pero confiesa que «abrevio estas contemplaciones y vuelvo delante del sagrario... hay más belleza en el



Cáliz y patena de Carlos de Foucauld, conservados por la comunidad de las Hermanitas de Jesús en Tre Fontane, Roma

sagrario que en la creación entera». Su deseo, tal y como dejó escrito en su correspondencia, es el de fundar «una orden de monjes que adoren este Corazón día y noche en la Santa Hostia expuesta, extendiendo su presencia, multiplicándola y, en lugar de un humilde oratorio en Beni-Abbès, elevando a un gran número de personas en un lugar donde la Santa Eucaristía y el divino Corazón irradian luz del mundo, sobre muchas regiones de infieles, durante siglos».

Tan intenso es su amor a Jesús Eucaristía que no concibe vivir sin ella: cuando en un viaje tiene que realizar una parada prolongada en el norte del Hoggar¹, construye una capilla de ramas donde puede guardar el Santísimo durante varios días, lo que considera «una gran gracia para toda esta región». Escribe también en esa época lo que ve que Dios

¹ Macizo montañoso en el oeste del Sáhara.

le pide: «Llevarlo lo más lejos posible... a fin de aumentar la zona en la que Él irradie, de extender la zona en la que se ejercerá su influencia». Es esta vocación la que le lleva a insta-

«Mi presencia ¿hace algún bien aquí? Aunque no lo haga, la presencia del Santísimo Sacramento sin duda hace mucho. Jesús no puede estar en un lugar sin irradiar»

larse en Tamanrasset en 1905, donde lo primero que hace es exponer el Santísimo «en una pequeña covacha más pequeña que la de Nazaret». En su diario nos deja estas palabras que reiteran esa unión entre el Sagrado Corazón y la Eucaristía que es el núcleo de su anhelo evangelizador:

«Sagrado Corazón de Jesús, gracias por este primer tabernáculo en país tuareg. Sagrado Corazón de Jesús, irradiad desde el fondo de este tabernáculo sobre este pueblo que os adora sin conoceros. Iluminad, dirigid, salvad estas almas que amáis». Y en una carta a su prima Marie de Bondy, fechada el 9 de septiembre de 1901, al explicar sus planes, confiesa que, refiriéndose a los pobladores del desierto entre quienes va a vivir, «No creo hacerles mayor bien que el de llevarles, como María en la casa de Juan durante la Visitación, a Jesús, el bien de los bienes, el santificador supremo, a Jesús que estará siempre presente entre ellos en el Tabernáculo... Jesús ofreciéndose cada día sobre el santo altar para su conversión, Jesús bendiciéndolos cada día para la salvación: éste es el bien de los bienes, nuestro Todo, Jesús».

El hermano Carlos no se hace ilusiones vanas acerca de su valía, pero no duda ni por un momento de que Dios lo puede todo: «Mi presencia ¿hace algún bien aquí? Aunque no lo haga, la presencia del Santísimo Sacramento sin duda hace mucho. Jesús no puede estar en un lugar sin irradiar». Y a los amigos a quienes preocupaba su soledad, responde: «No os atormentéis por verme solo, sin amigos, sin ayuda espiritual: en nada sufro esta soledad, la encuentro muy dulce: tengo al Santísimo Sacramento, el mejor de los amigos con quien hablar día y noche».

Pidamos, pues, a san Carlos de Foucauld que también nosotros sepamos descubrir en la adoración eucarística, reposada, sin prisas, en las horas nocturnas, las continuas oleadas de gracia que salen del Corazón de Cristo para la salvación de todos los hombres.

El padre Eymard: «Adorar y hacer adorar»

Gerardo Manresa Presas

«¡Si conocieras el don de Dios!» (Jn 4,10)



El apóstol de la Eucaristía

JUNTO a un san Vicente de Paúl, junto a un san Juan Eudes, junto a un Cura de Ars, Pedro Julián Eymard ocupa hoy un lugar junto a estos astros resplandecientes que son la gloria y el honor del país que los vio nacer y cuya beneficiosa influencia se difunde mucho más allá, en la Iglesia entera», decía el papa san Juan XXIII en el sermón del día de su canonización en la clausura de la primera sesión del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II le reconoció como un «Apóstol eminente de la Eucaristía».

Infancia y juventud

Nació Pedro Julián el 4 de febrero de 1811 en La Mure (Isère) en el seno de una modesta familia de artesanos, profundamente cristiana, en la diócesis de Grenoble, la misma donde ocurrieron las apariciones de la Virgen de La Salette. Era el pequeño de una familia numerosa de diez hijos. El padre, Julien, enviudó y se volvió a casar. Con la segunda esposa, Marie-Madelaine, tuvo sus cuatro últimos hijos, de los cuales Pedro Julián era el menor.

Desde muy joven sintió el deseo

de ser sacerdote, pues desde que hizo la primera comunión tuvo un gran amor a la Eucaristía, prometiendo este día que sería sacerdote. La falta de medios económicos de la familia hizo que su padre se opusiera, en su momento, a su proyecto, pues el salario del trabajo de Pedro Julián se requería para el mantenimiento de la familia. Mientras trabaja en la pequeña empresa familiar de cuchillería y más tarde en prensas de aceite, para preparar su entrada en el seminario aprende el latín a escondidas con un sacerdote con el que trabajó durante algún tiempo.

A los 17 años su padre le permite marcharse y entrar con los oblatos de María Inmaculada, pero por falta de salud se ve obligado a dejar el noviciado y volver a casa en La Mure. En marzo de 1831 muere su padre y una vez restablecido de su enfermedad, Pedro Julián, entra en el seminario mayor de Grenoble y después de tres años de estudios teológicos es ordenado sacerdote por monseñor Bruillard.

Su vida de sacerdote

Durante cinco años ejerce su ministerio al servicio de la diócesis, primero como vicario en Chatte y después, a partir del mes de julio de 1837, como párroco de Monteynard cerca de La Mure. Se consagra por entero a su ministerio preocupándose por profundizar su formación intelectual y pastoral. Los sermones de esta época muestran en su redacción su cuidada preocupación, y su *Vademecum*, que comienza en 1836 como diario de viaje, traza el programa de estudios que él mismo se autoimpone cotidianamente. Los retiros anuales testimonian su vida espiritual, austera y centrada en la cruz. Con su celo pastoral, en poco tiempo, el padre Eymard renueva su parroquia, sin

embargo, se siente atraído por la vida religiosa. Tras diversos aplazamientos, su obispo le autoriza a dejar la diócesis y entrar con los PP. Maristas, congregación recién fundada por el padre Jean Claude Colin.

Sacerdote marista (1839-1856)

El 20 de agosto de 1839, el padre Eymard comienza su noviciado en los maristas de Lyon. En el mes de noviembre de 1839, su Superior general, le encomienda la dirección espiritual del colegio-seminario menor de Belley. Es allí donde hace la profesión religiosa el 16 de febrero de 1840. Su ministerio con los niños y jóvenes es muy fructuoso. En esta época conoce a Juan María Vianney, el Cura de Ars, cuya amistad guardará toda su vida, que será quien le aconsejará en los momentos de fundar sus institutos.

En el mes de noviembre de 1844,

«Conoce a Juan María Vianney, el Cura de Ars, cuya amistad guardará toda su vida, que será quien le aconsejará en los momentos de fundar sus Institutos»

el padre Colin le llama a Lyon como asistente general. Durante siete años forma parte del gobierno de la Sociedad de María, y a partir de 1846 como visitador general. En el mes de diciembre de 1845, su superior general le confía la dirección de la Tercera Orden de María. El padre Eymard trabajó, con el mismo celo que ponía en todo, para el desarrollo de este ramo secular marista. La Tercera Orden se dividirá a su vez en diferentes ramas: las vírgenes, las madres cristianas, los niños, los jóvenes, los hombres casa-

dos y, también, un grupo formado por sacerdotes. Su preocupación es formar personas con una enseñanza basada en la vida interior, y acompaña con la dirección espiritual a un gran número de personas. Bajo el impulso del padre Eymard, la Tercera Orden conocerá una expansión importante y recibirá su estructura y los elementos esenciales de su legislación.

Durante el transcurso de este período, dos eventos orientan de manera decisiva la vida espiritual de Eymard:

– El 25 de mayo de 1845, mientras preside la procesión del Corpus Christi en la parroquia de Saint Paul de Lyon, recibe la confirmación de una vocación, deseo de predicar a Jesucristo y Jesucristo eucarístico y elige como patrón a san Pablo, este gran amante de Jesucristo.

– El 21 de enero de 1851, mientras ora en Nôtre-Dame de Fourvière, es fuertemente movido por la falta de formación de los laicos y sacerdotes, y la poca devoción al Santísimo Sacramento. «Hay que hacer algo, una institución masculina...». En el futuro, considerará esta gracia como una gracia de vocación.

Nombrado superior del colegio de La Seyne-sur-Mer, en 1853, debe reconducir una situación difícil. Bajo su dirección, en poco tiempo, el colegio conocerá un desarrollo singular. Su atracción por la Eucaristía se va desarrollando. Se compromete en la Obra de la Adoración nocturna en Toulon, y anima a un grupo de jóvenes de La Seyne, comenzado por el comandante Raymond de Cuers.

La Orden del Santísimo Sacramento

El 18 de abril de 1853, durante la acción de gracias, recibe una gracia de fuerza y dulzura que le hace capaz

para emprender y soportar todo por la fundación de una orden consagrada al Santísimo Sacramento. **Tiene relación con el padre Hermann Cohen, el sacerdote Brunillo de Marsella, y con Raymond de Cuers.** Esboza la constituciones, reclutas jóvenes que compartan su ideal. Somete su proyecto al Papa, a través del padre Julien Favre, nuevo superior general de los maristas, el cual se opone a una obra que no entra en los fines de la Sociedad de María. En el mes de septiembre de 1855, agotado, al padre Eymard le quitan la responsabilidad del colegio y se marcha a descansar al noviciado de Chaintré, cerca de Macon. Durante su retiro, trabaja en la redacción del *Manual de la Tercera Orden de María*, continúa reflexionando sobre su plan y, finalmente lo somete a la decisión del papa Pío IX, con quien tenía que entrevistarse el padre Favre en la primavera de 1856. Pero ocurre que, durante el transcurso de la audiencia, el superior general no habló de la cuestión del padre Eymard, de tal modo que el 22 de abril de 1856, el padre Eymard visita al superior para pedirle la respuesta de Roma, y no obtiene más que la respuesta de este mismo superior, una negación. El padre Eymard pide entonces la dispensa de sus votos, y lo hace en un modo tal, que el padre Favre accede allí mismo, lo que no deja de provocar algunas tensiones tras un encuentro con el Consejo general. Ante la petición del padre Eymard, el superior aplaza la ejecución de su decisión: es entonces cuando deja Lyon para hacer un retiro de elección en París.

Durante estos últimos meses, se incrementa su correspondencia con sus «compañeros», otras personas y especialmente con Margarita Guillot, directora de la Tercera Orden de las Vírgenes.

El padre Eymard llega a París el 30 de abril de 1856. Para una mayor libertad no se hospeda en una comunidad marista. El primero de mayo, comienza un retiro y confía su caso al arzobispo de París, quien encarga a su auxiliar estudiar el dossier. Al término de varios encuentros, la respuesta del arzobispo es negativa: juzga la obra como puramente contemplativa, pero el padre Eymard le replica: «nosotros queremos adorar, pero también queremos hacer adorar». Y recuerda su proyecto de la Obra de la Primera Comunión de los adultos en París. El arzobispo de París es conquistado. Inmediatamente, recibe al padre Eymard y a su compañero, el padre Raymond de Cuers, y les da toda la autorización para comenzar la obra proyectada. De modo que el 13 de mayo de 1856 marca el **acta del nacimiento de la Congregación del Santísimo Sacramento.** Al día siguiente, es dispensado de sus compromisos maristas. **A pesar de que, en adelante, las relaciones se separan con la Sociedad de María, él permanecerá siempre unido de corazón. Estaba convencido de que María lo había conducido a la Eucaristía.**

El 6 de enero de 1857, inaugura la primera comunidad adoradora con la exposición del Santísimo Sacramento; la Sociedad contaba entonces con cuatro miembros. Es en la pobreza y privación que se va organizando la vida. En adelante, la comunidad aumenta progresivamente. Una vez acondicionado el inmueble cedido por el arzobispo de París, la comunidad se traslada durante la Pascua del 1858. El padre Eymard restaura el inmueble contiguo y, en el mes de mayo de 1858, acoge a **Margarita Guillot y dos compañeras para preparar la fundación de la rama femenina.** Con la ayuda de laicos, de los hermanos de la Conferencia de San Vicente de

Paúl, junta a los jóvenes aprendices del barrio que no habían sido catequizados, y a precio de mucha paciencia, los prepara a su primera comunión. Es misión de esta nueva familia religiosa dedicarse a preparar para la primera comunión a los adultos que no han podido recibirla. El 15 de agosto de 1858, tiene el gozo de dar la comunión a doce jóvenes, que posteriormente se confirmarán. De este modo nace y se desarrolla, en este barrio de la aduana de Arcueil, uno de los más pobres de París, **la Obra de la Primera Comunión de los Adultos.** En el mes de diciembre va a Roma con el padre De Cuers y el 5 de enero de 1859, Pío IX promulga el breve laudatorio de su instituto.

En noviembre de 1859, el obispo de Marsella erige canónicamente la Agregación del Santísimo Sacramen-

El 18 de abril de 1853, durante la acción de gracias, recibe una gracia de fuerza y dulzura que le hace capaz para emprender y soportar todo por la fundación de una orden consagrada al Santísimo Sacramento

to, una propuesta de vida eucarística para los laicos que comparten la espiritualidad y la misión de las Congregaciones. En mayo de 1863 aparece el decreto definitivo de aprobación de la Congregación masculina del Santísimo Sacramento. Para esta fecha, las siervas del Santísimo Sacramento ya han establecido una comunidad canónica en Angers, bajo la tutela del obispo. Marguerite Guillot, con el nombre de Madre Marguerite, es la primera Superiora general. La fundación tiene lugar el 26 de mayo de

1864. La principal animadora para la fundación de los Congresos Eucarísticos, la Sra. Émilie-Marie Tamisier, fue miembro de dicha Congregación femenina, hasta que su vocación la llamó a la fundación de los Congresos Eucarísticos, en 1875.

El 21 de marzo de 1865, en la fiesta de San Benito, en el corazón de sus pruebas, recibe, durante el transcurso de su acción de gracias, el favor insigne, que él llama «el don de la personalidad» y se compromete con voto. Resume este acontecimiento en estas simples palabras: «nada para mí». Su modelo será: Encarnación del Verbo, que se entregó sin «nada para Él». Era de una experiencia mística mayor, que transforma radicalmente al padre Eymard y le hace disponible a toda decisión, incluso si es contraria a su deseo.

Su último deseo: adquisición del Cenáculo. Su «noche oscura»

Adquirir el Cenáculo de Jerusalén fue uno de sus últimos deseos, pues

allí Cristo instituyó la Eucaristía. Para ello va a Roma en enero de 1865. La decisión que le fue comunicada a finales del mes de marzo fue negativa. Aparentemente, fue el fracaso total. El padre Eymard deja Roma el 30 de marzo de 1865 con una actitud de abandono con una única riqueza, el «cenáculo interior», este puro amor que fue el de la Encarnación por el sacrificio humano de Jesús.

La vida del padre Eymard está marcada de modo definitivo por esta gracia del don total de sí mismo. Por sus enseñanzas e intensas actividades, convirtiéndose, como apunta el padre Saint-Pierre, en el apóstol del Cenáculo.

Pero vienen otras pruebas. El padre De Cuers, su compañero desde el primer momento, atraído por una vida enteramente contemplativa, pide dejar la Sociedad; el padre Eymard le retiene, permitiéndole seguir su inclinación fuera, pero unido con él. Mal administrada, la comunidad de Nemours tuvo que ser cerrada: es una catástrofe finan-

ciera y moral para Las Siervas, que se duplica como un hecho personal, que le hizo perder toda credibilidad ante los obispos. Al final de su vida conoció un periodo de aridez espiritual, una «noche oscura» en la que, abandonado de todos, no encontró mayor consuelo que en la fidelidad a su tarea cada vez más pesada. Su último retiro en Saint-Maurice, del 27 de abril al 2 de mayo de 1868, se hace eco de esta prueba mística.

El 17 de julio de 1868, bajo la prescripción de su médico, deja París para descansar en su comarca natal *La Matheysine*, donde le esperan sus hermanas. Cuando llega a La Mure la noche del 21 de julio, es un hombre consumido que vuelve a su casa de familia; destrozado por congestión cerebral, no le quedan más que algunos días de vida. A primera hora de la tarde, el sábado 1 de agosto de 1868, el padre Pedro Julián Eymard entrega su alma a Dios. La veneración de sus vecinos se manifiesta espontánea: el santo ha muerto.

Un Rey que nos habla con familiaridad



«No todos, dice santa Teresa, consiguen hablar al rey; lo más que algunos logran es hablarle por medio de tercera persona. Mas para hablar con Vos, oh Rey de la Gloria, no se necesitan mediadores: todos os hallan siempre dispuesto a darles audiencia en el Sacramento del altar. Cualquiera que os desea os halla siempre aquí y os habla familiarmente. Llegar a la persona del rey y hablarle cara a cara, puesto que alguno lo consigue, ¿qué de diligencias no supone? Porque los reyes de la tierra dan audiencia pocas veces al año. Pero Vos, en este Sacramento, siempre que nosotros queremos, nos dais audiencia, lo mismo de noche que de día».

San Alfonso M^a de Liguorio, *Visitas al Santísimo Sacramento*

«Amemos al Santísimo Sacramento apasionadamente»

San Julián Eymard*

«*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*». «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*» (Dt 6, 5)

CUANDO fuere levantado sobre la tierra, atraeré a mí todas las cosas. En efecto, desde lo alto de la cruz atrajo hacia sí Nuestro Señor Jesucristo todas las almas rescatándolas del pecado. Pero ciertamente que, al pronunciar estas palabras, tenía también la mirada fija en su trono eucarístico, al cual quiere atraer todas las almas para sujetarlas con las cadenas de su amor.

Jesucristo quiere infundir en nuestros corazones un amor apasionado a sí mismo.

Toda virtud, todo pensamiento que no termine en una pasión, que no acabe por convertirse en una pasión, no producirá jamás nada grande. El afecto de un niño no es propiamente amor. Ama por instinto, porque se siente amado y más bien se ama a sí mismo en aquellos que le hacen bien.

Un criado puede sacrificarse por su amo; pero no le amará verdaderamente sino cuando se sacrifique por el afecto que le tiene, sin atender al propio interés personal.

El amor no triunfa sino cuando es en nosotros una pasión que absorbe toda la vida. No siendo así podrán practicarse actos de amor aislados, más o menos frecuentes; mas no se ha entregado su propia vida.

Mientras no tengamos un amor apasionado a Jesús sacramentado, nada habremos hecho.

¡Nuestro Señor Jesucristo, en la Eucaristía, nos ama con pasión, ciegamente, sin pensar en sí mismo y sacrificándose enteramente por nosotros: ¡justo es que correspondamos!

* San Julián Eymard, *Obras eucarísticas*, Ediciones Eucaristía, 1963, 127 y ss.



II

El amor, si ha de ser en nosotros una pasión, preciso es que se someta a las leyes de las pasiones humanas. Claro es que hablo de las pasiones naturalmente buenas y honestas, porque las pasiones, en sí mismas, son indiferentes y nosotros somos los que las hacemos malas cuando las ordenamos al mal; en nosotros está el servirnos de ellas para el bien.

Según esto, una pasión que domine a un hombre lo concentra en sí mismo.

Ese hombre quiere llegar a ocupar esta o aquella alta y honrosa posición...; todos sus trabajos se dirigirán a conseguirlo, y pasarán diez, quince, veinte años... «¡No importa el tiempo! –dice– yo he de llegar a conseguirlo». Hace de aquel pensamiento el centro de su vida, ordenándolo todo a su realización y a la consecución de ese deseo, dejando a un lado todo lo que no le conduzca a su fin. Aquel otro que quiere hacer fortuna y empieza por determinarla: «Llegaré a poseer tanto». Trabaja y se fatiga y de todo saca partido hasta conseguir el objeto que persigue; todo lo demás, fuera de esto, le es indiferente.

Otro pretende hacer una boda ventajosa. A ejemplo de Jacob, no le importará gran cosa prestar siete años de servicios y, una vez terminados, principiar otros siete, si es preciso. «¡Yo poseeré a Raquel!», y todos los trabajos –dice la Escritura (Gn 29, 20)– le parecían nada a causa de un extraordinario amor.

Y así es como se llega a ser algo en el mundo; estas pasiones pueden llegar a ser malas, y con harta frecuencia no son, ¡ay!, más que un crimen continuado; pero, en fin, ellas pueden ser y son, desde cierto punto de vista, plausibles.

El hombre que no tenga alguna pasión no llega a nada; su vida no tiene objeto, es una vida inútil.

III

En el orden de la salvación es necesario también tener una pasión que domine nuestra vida, a la cual le haga producir, para gloria de Dios, todos los frutos que el Señor espera de dicha vida.

Amad, en consecuencia, tal virtud, tal verdad o tal misterio con pasión, sacrificadle toda vuestra vida, vuestros pensamientos y vuestra actividad; sin esto no llegaréis a nada grande y seréis un simple jornalero en el campo del Señor, mas nunca un héroe.

«El hombre que no tenga alguna pasión no llega a nada; su vida no tiene objeto, es una vida inútil»

Amad la Eucaristía con un amor apasionado. Amad a Jesucristo Nuestro Señor en el santísimo Sacramento con todo el amor con que los hombres se aman en el mundo, claro está que por motivos sobrenaturales.

Para obtenerlo, principiad por someter el espíritu a la influencia de esta pasión. Estableced en vosotros el espíritu de fe, y procurad llegar a la persuasión invencible de la verdad de la Eucaristía y de la verdad del amor que Jesucristo os atestigua en el augustísimo Sacramento.

Tened una idea muy elevada y una contemplación que os arrebathe, del amor y de la presencia de Nuestro Señor, y así daréis pábulo a la llama de vuestro amor y conseguiréis que no se apague.

Un hombre de genio concibe una

obra de arte: la conoce y la comprende en todos sus detalles con una simple mirada de su alma; y ese hombre se entusiasma y se enamora de su obra, y es seguro que la realizará, empleando para ello todos los medios que estén a su alcance e imponiéndose todos los sacrificios que sean necesarios, sin que nada le canse ni le desanime; está dominado por un ideal que persigue y lo tiene siempre a la vista y no hay medio de apartar su mente de él.

Pues bien; procurad ver así a Nuestro Señor Jesucristo: fijaos en su amor, y haced que este pensamiento os arrebathe y enajene.

¡Qué! ... ¿Es posible que Jesucristo me ame hasta el punto de darse a mí continuamente sin dar la menor señal de fatiga o cansancio?

Tu espíritu se quedará clavado en Nuestro Señor y tu inteligencia y tus pensamientos le buscarán y querrán estudiarle; desearán, entonces, profundizar más y más las razones de su amor, a lo que sobrevendrá la admiración y el arrobamiento y se escaparán de tu corazón estas palabras:

«¿Cómo responderé a tanto amor?»

He aquí cómo se engendra el amor en el corazón. No se ama mucho sino lo que se conoce bien.

¡El corazón corre hacia el santísimo Sacramento!

Va a saltos porque no tiene paciencia para ir paso a paso.

«¡Jesucristo me ama, me ama en su Sacramento!» A ser posible, rompería el corazón su envoltura de carne para poder unirse más estrechamente a Jesucristo Nuestro Señor.

Los santos nos han dado de eso admirables ejemplos: su amor los enajena, les hace sufrir y los abraza; es un fuego que los consume, que gasta sus fuerzas y acaba por causarles la muerte. ¡Dichosa muerte!

IV

Si todos no llegamos a ese extremo, podemos todos, por lo menos, amar apasionadamente a Jesucristo y dejarnos dominar por su amor.

¿Es que no amáis a nadie en el mundo?

Vosotras, madres, ¿no sentís por vuestros hijos un amor apasionado? Esposas, ¿no amáis con pasión a vuestros esposos? Y vosotros, hijos, ¿tenéis en vuestro corazón espacio para amar algo más que a vuestros padres?

Muy bien: transportad ese amor a Nuestro Señor Jesucristo.

No hay, no puede haber dos amores, existe uno solo. Jesucristo no os pide que tengáis dos corazones, uno para Él y otro para aquellos que amáis en la tierra.

Así, pues, ¡oh madres!, amad al santísimo Sacramento con vuestro corazón de madre, amadle como a un hijo.

¡Esposas, amadle como a vuestro esposo!

¡Hijos, amadle como a vuestro padre!

Sólo hay en nosotros una facultad de amar, la cual tiende a diferentes objetos y por motivos también distintos.

Hay algunos que aman locamente a sus padres, a sus amigos, y no saben, sin embargo, amar a Dios.

Lo que se hace con la criatura debe hacerse con Dios. Sólo que a Dios hay que amarle sin medida y siempre en aumento.

V

El alma que ama de esta manera no tiene sino una sola facultad, una sola vida: Nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento. ¡Allí está! y vive subyugado por este pensamiento.

Cuando esto sucede hay correspondencia y comunidad de vida entre Jesucristo y nosotros.

¿Por qué no hemos de llegar a este punto? Para buscar ejemplos de virtud en la vida mortal de Jesucristo se retrocede más de dieciocho siglos.

Jesucristo podría decirnos: «Me habéis amado en el Calvario porque allí borré vuestros pecados; me habéis amado en el pesebre de Belén, porque me visteis dulce y amable... ¿Por qué no me habéis amado en el santísimo Sacramento, donde estuve de continuo con vosotros? Vosotros no tenéis que hacer otra cosa que llegaros a mí.

¡Allí estaba yo a vuestro lado!».

«Celo eucarístico del padre Eymard»

¡Cuánta intimidad con Cristo Eucaristía se descubre en su ascesis! Basta el nombre de Pedro Julián Eymard para advertir el fulgor de los triunfos eucarísticos, a quien él dedicó, en medio de pruebas y dificultades de todo género, su propia vida, que se prolonga en la familia que él fundó. El niño de cinco años, que se encuentra sobre el altar, reclinando su cabeza en la puerta del sagrario, es el mismo que fundará con el tiempo la Sociedad de los Sacerdotes del Santísimo Sacramento y las Esclavas del Santísimo Sacramento, irradiando en innumerables escuadras de sacerdotes adoradores su amor y su cariño a Cristo, vivo en la Eucaristía. ¿El santo párroco de Viareggio, no infundió un profundo espíritu eucarístico en las asociaciones laicales por él fundadas, como documento de identidad para el cristiano? Esta ansia de apostolado eucarístico nacía de un corazón lleno de amor a Cristo víctima. Los testigos oculares nos han dejado conmovedoras descripciones.

Juan XXIII, *Canonización del beato Julián Eymard*, (9 /2/1962)



¡Ah!, en el día del juicio no serán nuestros pecados los que nos causarán mayor espanto ni lo que más se nos echará en cara, porque los pecados se nos habrán perdonado para no recordarlos más, ¡sino que Nuestro Señor Jesucristo nos echará en cara el no haber correspondido a su amor!

¡Me has amado menos que las criaturas! –nos dirá–. ¡No has cifrado en mí tu felicidad! ¡Me has amado bastante para no ofenderme mortalmente, pero no lo suficiente para vivir de mí!

Parece que nosotros podríamos decirle «¿Estamos acaso obligados a amar de este modo?»

Bien sé que no existe ningún precepto escrito de amar así; pero no hace falta que esté escrito. No lo vemos expresamente escrito, pero todo lo proclama altamente: es una ley escrita en nuestro corazón.

Lo que me causa espanto es la conducta de los cristianos, que ocupándose de buen grado y seriamente de todos los demás misterios y fomentando con interés el culto de este o de aquel santo, ¡no hagan al menos otro tanto por Nuestro Señor en la Eucaristía!

¿Y por qué será esto o qué razón habrá para obrar así? ¡Ah!, es porque no puede uno mirar atentamente al santísimo Sacramento sin verse obligado a exclamar: «¡Preciso es que yo le ame, es necesario que le visite, no puedo dejarle solo, veo que me ama demasiado!»

Todo lo demás son cosas lejanas, cosas de historia. Eso ya no cautiva tanto al corazón. Podrá, sí, causar admiración; pero lo que al presente debemos hacer es entregarnos, habitar y vivir con Nuestro Señor.

La Eucaristía es la más noble aspiración de nuestro corazón: ¡amémosla apasionadamente! Se le ocurrirá decir a alguno «Esto es una exageración».

En efecto, ¡el amor no es más que una exageración!

Exagerar es ir más allá de lo que la ley exige, y por lo mismo el amor debe exagerar.

El amor que Jesucristo nos demuestra quedándose con nosotros sin honores y sin servidumbre, ¿no es también exagerado?

Quien se atiene exclusivamente al estricto cumplimiento de su deber, no ama. No ama sino aquel que siente dentro de sí la pasión del amor.

Y vosotros tendréis la pasión de la Eucaristía, cuando Jesucristo en el santísimo Sacramento sea vuestro pensamiento habitual, cuando vuestra felicidad consista en ir a sus pies y cuando vuestro deseo permanente sea complacerle.

¡Ea, vayamos y entremos en Nuestro Señor! ¡Amémosle siquiera por Él mismo! ¡Sepamos olvidar-

La Eucaristía es la más noble aspiración de nuestro corazón: ¡amémosla apasionadamente!

nos de nosotros mismos y darnos a este buen Salvador! Inmolémonos, al menos un poco, por Él. ¿No veis esos cirios y esta lámpara cómo se consumen sin dejar nada, sin reservarse nada? ¿Por qué no hemos de ser también para Jesucristo un holocausto del que nada quede?

No, no; no vivamos nosotros, sino que Jesucristo sacramentado sea el que viva en nosotros!

¡Nos ama tanto!

El Sagrado Corazón quiere ser honrado muy especialmente en su vida eucarística



«Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume; y no hallo nadie que se esfuerce, según mi deseo, en apagármela, correspondiendo de alguna manera a mi amor»

Santa Margarita María Alacoque, Carta 133, cuarta de Aviñón, al padre Juan Croiset, S. I. del 3 de noviembre de 1689.

El reinado eucarístico de Jesús

Dominique Rey*

Los contemporáneos de Jesús decían: «queremos ver a Jesús» (Jn 12,21). Son los portavoces de nuestra humanidad. **La esperanza consiste en esperar con confianza este desvelarse.** Esta palabra significa en griego la acción de «revelar» o de «alzar un velo»; velo que nos impide conocer la verdad última sobre Dios y sobre el hombre. Queremos ver a Dios en toda su gloria y todo nuestro ser lo anhela. En otras palabras, ¡esperamos un Apocalipsis!

El esplendor desvelado del Cordero

Jesús anuncia que su regreso será sobre las nubes con gran poder y gloria (Mc 13,26). El Apocalipsis precisa: viene rodeado de nubes (Ap 1,7). La nube es el signo bíblico de la presencia escondida y misteriosa de Dios. Pensemos en Moisés guiado en el desierto por una nube de fuego que iluminaba y guiaba al pueblo hacia la Tierra Prometida. Podemos pensar que **esta venida definitiva de Cristo al final de los tiempos en las nubes manifestará la luz gloriosa de la Eucaristía.** El velo que esconde a Cristo en la Eucaristía será entonces retirado. Cristo manifestará al mundo su presencia en todo su esplendor. Ese día, en todos los tabernáculos del mundo, la Eucaristía resplande-

cerá. Todo el mundo contemplará su gloria. Lo que estaba oculto será plenamente desvelado. Ante esta luz del Cordero, fuente de toda luz, todas las otras iluminaciones perderán su brillo: la ciudad no tiene necesidad de que la alumbren el sol ni la luna: la ilumina la gloria de Dios y su lám-

Dando gloria al Rey de reyes en la adoración eucarística, los cristianos participan ya aquí en la tierra en la alabanza perpetua que será su vida en el Cielo

para es el Cordero (Ap 21,23). Ya no veremos sólo las cosas iluminadas desde fuera, sino la propia luz. La Hostia, verdadera luz que hoy veneramos como un sol velado, se volverá resplandeciente. Así entenderemos entonces la afirmación de Jesús: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12).

La luz velada de la Hostia nos revela el esplendor de Cristo que nos espera. En el Apocalipsis, el Cordero adorado es a la vez la víctima (Hostia) y el jefe victorioso que regresa en la gloria. **La adoración eucarística manifiesta nuestra esperanza en la**

* Dominique Rey, *La adoración en el corazón del mundo*, Colección Fons Vitae, 2022, p.172-175.

visión gloriosa de Dios en el cielo. La espera de la venida íntima de Cristo al alma en la adoración nos prepara para su venida gloriosa. «Al descubrir la dimensión escatológica que tiene la Eucaristía, celebrada y adorada, se nos ayuda en nuestro camino y se nos conforta con la esperanza de la gloria (cf. Rm 5,2; Tt2,13)». El texto de la Adoración del Trono (Ap 4) presenta la liturgia celestial donde todos los ángeles, los vivientes y los ancianos adoran a Dios sin cesar. Este texto, propiamente escatológico, desvela el sentido mismo de la creación, hecha para manifestar y comunicar la gloria de Dios. Así, nuestra adoración actual se presenta como la prenda de nuestra futura participación en el culto celestial. En la adoración de la Hostia, los hombres se encuentran como incorporados a la liturgia del Cielo, en la que participarán en la eternidad. Esta liturgia es cantada en el cántico nuevo: «Digno es el Cordero inmolado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza» (Apocalipsis 5:12). La adoración dada al Cordero por los hombres en la tierra y la adoración dada a aquel que se sienta en el trono constituyen una misma adoración dada a Dios. **Dando gloria al Rey de reyes en la adoración eucarística, los cristianos participan ya aquí en la tierra en la alabanza perpetua que será su vida en el Cielo.**

La adoración eucarística establece el Reino de Dios en nosotros y en el mundo que nos rodea. La Eucaristía da testimonio de una realidad escondida de Dios que tenemos que asumir como cristianos en nuestra vida en este mundo. Este Reino se instaura en la intimidad del alma: Mi Reino no es de este mundo (Jn 18,36). Construir un edificio espiritual para el culto al Dios único constituye la respuesta del cristiano a la idolatría del mundo. «No se entiende absolutamente nada de la civilización moderna si no se admite primero que es una conspiración universal contra todo tipo de vida interior», escribió Bernanos en Francia contra los robots. Este reto nos invita a refundar nuestra vida interior a partir de Dios y a dar prioridad al encuentro con Cristo en el Santísimo Sacramento, a pesar de todas las ocupaciones cotidianas de nuestra sobrecargada agenda.

Por la adoración eucarística, que prolonga nuestras celebraciones, Cristo se presenta ante nosotros en un cara a cara que nos une a la Iglesia del Cielo. ¿Está el mundo occidental en declive? ¿Se está muriendo, acomodado en una tumba que se ha construido para sí mismo con sus ilusiones y su eclipse de Dios? Este colapso del mundo devuelve al cristiano a la perspectiva escatológica de su fe.

«Consolad a vuestro Dios»



Detalle del monumento en el lugar de las apariciones del Ángel de Portugal. Gruta de Cabeço

Vimos al Ángel con un cáliz en la mano izquierda y sobre él una Hostia suspendida, de la cual caían hacia el mismo cáliz algunas gotas de sangre. Dejando suspendido en el aire el cáliz con la Hostia, se postró a tierra, cerca de nosotros y repitió por tres veces la oración: **«Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los tabernáculos de la tierra, en reparación de los ultrajes, de los sacrilegios y de las indiferencias con las que ha sido ofendido. Y por los méritos infinitos de su santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os ruego la conversión de los pobres pecadores».** Luego, alzándose, tomó nuevamente el cáliz y la Hostia y me la ofreció, y lo que contenía el cáliz lo dio de beber a Jacinta y Francisco, diciendo: **«tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus delitos y consolad a vuestro Dios»...** y luego, desapareció.

Tercera aparición del ángel de la paz, Fátima, 1919

Carlo Acutis: «La Eucaristía es mi autopista al Cielo»

Eduardo Iribas Jimeno

«¿Cómo es posible estar tristes teniendo a Dios siempre con nosotros?»

CARLO Acutis, un chico italiano de quince años, es un joven adolescente con una vida totalmente común al resto de chicos de su edad. Nacido en Londres el 3 de mayo de 1991, su vida se desarrolla desde muy pequeño en Italia, país del que proceden sus padres y del que tuvieron que emigrar por motivos labora-

una vida muy ordinaria y desarrollada con normalidad entre los chicos de su edad.

Sin embargo, el alma de este joven esconde una profunda espiritualidad. Como decía santa Teresita del Niño Jesús, buscaba «hacer extraordinariamente bien y por amor las cosas ordinarias». Toda su vida, por lo tanto, estaba impregnada del amor a Jesucristo, que se veía reflejado en su amor a Jesús Eucaristía. Su encuentro cotidiano con Cristo en la misa era para él el centro de toda su vida. Esto se resume muy bien en una frase que repetía en muchas ocasiones: «La Eucaristía es mi autopista al Cielo». Creía firmemente que la presencia de Jesús en el sagrario era una presencia real de una persona viva, de la misma manera que estaba con los apóstoles hace 2000 años». Tanto es



les. Allí va creciendo y realizando las actividades propias que se podrían esperar de un adolescente católico: ir a clase, hacer deporte, rezar... Para sus familiares, compañeros y personas cercanas, Carlo era un chico alegre y sencillo que no destacaba sino por una gran alegría y preocupación por los demás, pero todo ello dentro de

así que, en una ocasión, cuando el padre le pidió que lo acompañara a Tierra Santa a una peregrinación, Carlo respondió sin dudar: «Prefiero quedarme en Milán porque tengo los sagrarios de las iglesias donde puedo encontrar a Jesús en todo momento y por eso no siento la necesidad de ir a Jerusalén. Tenemos a Jerusalén en

casa. Si Jesús está siempre con nosotros, en todas partes donde haya una hostia consagrada, ¿qué necesidad hay de hacer una peregrinación a Jerusalén para visitar los lugares donde vivió Jesús hace dos mil años? ¡Entonces también habría que visitar los sagrarios con la misma devoción!» Esta firme convicción le hacía pedir a

Su encuentro cotidiano con Cristo en la misa era para él el centro de toda su vida

Dios durante la celebración de la misa aquellas gracias que necesitaba, especialmente en el momento de la consagración. Suyas son estas palabras que le gustaba repetir con frecuencia: «¿Quién más que un Dios, que se ofrece a Dios, puede interceder por nosotros? Durante la consagración es necesario pedir las gracias a Dios Padre por los méritos de su Hijo unigénito Jesucristo, por sus santas llagas, su preciosísima sangre y las lágrimas y los dolores de María Virgen que, al ser su madre, puede interceder por nosotros mejor que nadie». La devoción de Carlo hacia la Eucaristía no se limitaba a la participación en la misa diaria, sino que continuaba con la adoración a Jesús en el sagrario. Pasaba largo tiempo en silencio en oración delante del Santísimo Sacramento. Es en estos momentos donde Carlo recibe las gracias y donde nace en él el deseo de donarse completamente a los demás, a ejemplo de Cristo.

Este amor que recibía de Jesús en cada Eucaristía, Carlo lo trasladaba a todas las facetas de su vida. En el colegio, no era de los primeros de su clase, pero en algunas materias como informática sí destacaba por encima de los demás. A pesar de ello, en nin-

guna ocasión hacía verse como tal, sino que se preocupaba mucho del resto de compañeros. De hecho, no eran pocas las ocasiones en las que ayudaba a aquellos compañeros con dificultades en el estudio. A la edad de catorce años, Carlo se inscribió en otro instituto en el que pudo profundizar en la materia que lo apasionaba: la informática. Esta afición suya también la utilizaba para hacer el bien llevando, por ejemplo, el sitio de internet de una parroquia. Además, diseñó una página web en la que se explican algunos de los milagros eucarísticos sucedidos a lo largo de la historia y, de esta manera, evangelizar a los más jóvenes.

La devoción a Jesús en la Eucaristía alimentó en Carlo el deseo de acercarse también al sacramento de la Confesión. Buscaba confesarse cada semana y trataba de mejorar en aquellos defectos que se reconocía en él como la glotonería o las distracciones que sentía al rezar el rosario. La **confesión frecuente** era para él una gracia para superar los obstáculos de la vida espiritual. Con esta comparación, trataba de hacer entender la importancia de la confesión: «El globo aerostático, para elevarse necesita desprenderse de peso, así como el alma, para elevarse al Cielo, necesita arrancar estos pequeños pesos que son los pecados veniales. Si hubiera un pecado mortal, el alma cae a tierra y la Confesión es como el fuego que hace subir al cielo el globo aerostático. Es preciso confesarse con frecuencia porque el alma es muy compleja».

Otro gran pilar de la espiritualidad de Carlo era la devoción mariana. Rezaba todos los días a la Virgen María y ningún día dejó de rezar el **santo Rosario**. Como él mismo dijo en una ocasión a sus padres: «¡La Virgen es la única mujer de mi vida!». Se sentía

muy amado por María y quería corresponder a este amor. Se consagró a la Virgen con un rito particular que hacían los sacerdotes de la sacristía, y realizó siete veces este acto de entrega a María. Además de la Virgen de Pompeya, a la que Carlo tenía mucha devoción por estar dedicada a la Virgen del Rosario, la Virgen de Lourdes y la de Fátima eran para él lugares muy especiales. En una ocasión, cuando pudo visitar Lourdes y ver los lugares en los que la Virgen se había aparecido a Bernadette, quedó impresionado por las palabras que María había dirigido a la santa, lo que le llevó a reflexionar sobre la predilección que Dios manifiesta a los humildes. Más adelante, en otra ocasión en la que visitó Fátima y pudo leer sobre la vida de los pastorcitos, se admiró por la disponibilidad de estos para hacer pequeños sacrificios por amor a Dios, por lo que se propuso él también esforzarse por renunciar a cosas por las que sentía apego. Lo hacía para «ofrecer un ramo de rosas a la Virgen, que lo usará para ayudar a sus hijos más necesitados».

A pesar de tener solamente quince años, Carlo ya estaba preparado para llegar al Cielo. A comienzos de octubre de 2006, enfermó de lo que parecía simplemente un cuadro gripal. Sin embargo, se trataba de una leucemia de tipo M3, considerada en el ámbito de la medicina como la forma más agresiva. El avance de esta «gripe» preocupó a los padres, por lo que fue llevado al médico y, tras varios diagnósticos erróneos, se confirmó la gravedad de la situación. Los últimos días de Carlo en la tierra fueron un reflejo de la vida de entrega y sacrificio del joven. Ya antes de ingresar, cuando estaba postrado en cama, les dijo a sus padres: «Ofrezco todos los sufrimientos que tendré que padecer al Señor, por el Papa y

por la Iglesia, para no estar en el Purgatorio y para entrar directamente al Cielo». Y también en la clínica, cuando los enfermeros y médicos le preguntaban sobre su estado, siempre se preocupaba más por los demás que por él mismo y respondía: «hay gente que sufre mucho más que yo». Finalmente, a consecuencia de una hemorragia cerebral, falleció el día 12 de octubre de 2006, vigilia de la última aparición de Fátima, a la edad de 15 años. El funeral se celebró en la iglesia de Santa María Segreta el 14 de octubre de 2006 y a él acudió una multitud de gente. Llamó la atención la gran cantidad de mendigos que asistieron y que eran desconocidos para la familia: se trataba de amigos del joven a los que había ayudado a lo largo de su vida. Seis años después de su muerte, se inició el proceso de beatificación en Milán, que finalizó con su beatificación el día 10 de octubre de 2020 en Asís.

La vida de Carlo Acutis no puede quedar solamente como una vida de entrega, sino que responde a una

unión con Cristo mucho más profunda, de la que recibe todo el amor que lleva a los demás. Esta sencillez de corazón es, en el fondo, la infancia espiritual que nos enseñó santa Teresita del Niño Jesús. Estar unidos a Jesús y abandonarnos a Él, siendo conscientes de nuestra nada, es lo que nos lleva al Cielo. Carlo lo expresó muy bien al decir: «Sin Él no puedo hacer nada», y también: «Estar siempre unido a Jesús, ese es mi programa de vida». A lo largo de toda su vida, Carlo vivió

A lo largo de toda su vida, Carlo vivió este abandono en Dios, recibiendo de Él todas las gracias y buscando devolver todo el amor recibido

este abandono en Dios, recibiendo de Él todas las gracias y buscando devolver todo el amor recibido. Por ello, cada día participó de la Eucaristía porque, con sus propias palabras,

«cuanto más recibamos la Eucaristía, más similares nos volveremos a Jesús y pregustaremos el paraíso ya sobre esta tierra». Este joven debe ser para nosotros un ejemplo de santidad, al igual que otros lo fueron para él. Él mismo decía de san Francisco Marto: «Si Francisco, que era tan bueno, tan noble y simple, tuvo que recitar tantos rosarios para ir al Paraíso, ¿cómo podré merecerlo también yo, que soy tan poco en comparación con él?».

Cada cristiano está llamado a vivir, allí donde Dios le haya puesto, con los mismos pilares que tuvo Carlo en su vida: el amor a Jesús Eucaristía y la devoción a la Virgen María. La verdadera felicidad consiste en poner a Dios en primer lugar. Una frase de Carlo Acutis que el papa Francisco repite con frecuencia es: «Todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias». Ojalá que nosotros, al igual que él, podamos decir algún día: «muero tranquilo, porque viví mi vida sin desperdiciar siquiera un minuto en cosas que no agradan a Dios».

«La eucaristía es la consumación de todos los planes amorosos concebidos por el Corazón de Jesús»



La eucaristía es la consumación de todos los planes amorosos concebidos por el Corazón de Jesús. Por el bautismo se nos había dado en propiedad y nos había unido para sí para comunicarnos su vida y formarnos a su imagen; por el santo sacrificio de la misa se había hecho nuestra víctima y la hostia de un sacrificio no interrumpido; permaneciendo presente en el altar del sacrificio, se había hecho el compañero de nuestro corazón, un tabernáculo viviente, acaba su obra: renueva en nosotros la obra divina que tiende continuamente a amortiguarse y acaba en nosotros la imagen que el Bautismo no había hecho más que esbozar.

E. Ramière, *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*.

Manuel González, «el obispo de los sagrarios abandonados»

Almudena Calonge Arias

«Entra, mírale y observa. Tú le necesitas y Él te necesita. ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejen abandonado!»

CUANDO una persona muere, los hombres tienden a colmarlo y definirlo con miles de nombres, y sinónimos que describen a la persona. En el caso de este humilde cura, se le coronó como «el apóstol de los sagrarios abandonados», ya que fue misionero de la Eucaristía. Dedicó su vida, sus obras, sus acciones, sus palabras, y entregó su alma a aquel que le llamó desde el primero momento. Vertiendo sobre él la gracia y sensibilidad de la presencia de Dios allí donde mirara.

San Manuel nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877. Un hombre de familia modesta y religiosa. Hombre de Dios desde pequeño. A la edad de 10 años formó parte de los seises de la Catedral, un grupo de niños que en las fiestas del Corpus Christi y la Inmaculada, danzaban y cantaban delante del Santísimo. Poco a poco, Dios iba implantando esa semilla, que tiempo después daría respuesta a su vida, una entrega plena a Jesús Eucaristía, despertando en él una delicadeza única hacia el Santísimo.

Poco después se examinó en secreto para entrar en el seminario. La respuesta fue buena, al igual que la de sus padres. Durante su etapa en el seminario sus calificaciones fueron brillantes, entregándose a sus estudios hasta llegar al doctorado en Teología y la licenciatura en Derecho Canónico. Poco después el cardenal Spínola le ordenó sacerdote (1901). Justo después de esto, ocurrió un acontecimiento que pondrá nombre a lo que iba a ser la historia de su vida.

La primera misión de don Manuel fue en un pequeño pueblo andaluz, donde al entrar en la capilla de este lugar, se encontró un



San Manuel González

sagrario solitario, desamparado, desolado, y perdido. Fue tan fuerte el impacto en don Manuel que comenzó a maquinar una solución a esta cuestión que había partido su alma, y le había hecho sufrir tanto. Fue justo ahí donde escribió:

«Fuime derecho al sagrario. Ahí mi fe veía a un Jesús tan callado, tan paciente, que me miraba, que me decía mucho y me pedía más, una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio: lo triste de no tener posada, de la traición, de la negación, del abandono de todos».

El Cielo le concedió y despertó en él un anhelo de amar a Jesús Eucaristía, de ir a verlo, quererlo, desearlo y llevarlo a todas las almas. Así decía:

«Para mis pasos yo no quiero más que un camino, el que me lleva al Sagrario, y yo sé que si ando por este camino encontraré hambrientos y pobres de muchas clases... y haré descender sobre ellos la alegría de la Vida».

Su camino continuó en aquel pueblecito, se hizo amigo de los niños que le solían insultar y le tiraban piedras. Gracias al esfuerzo de este admirable cura, estos niños acabaron amando la Eucaristía a través de las catequesis campestres que don Manuel les iba dando. No solo los niños se contagiaron de esta alegría y sencillez, sino que también los mayores del pueblo formaron parte de ella.

A los 4 años de estos hechos, es nombrado **arcipreste de Huelva**. Y funda su primera revista enfocada en las catequesis eucarísticas, *Granita de arena* (1907). **La catequesis** también será una de las columnas fundamentales para dar a conocer al amor de su vida a toda la gente. Como él mismo mencionó, quería llevar a Jesús a muchas almas: pobres, ricos, indigentes, perdidos, y

no tan perdidos. A través de todas sus catequesis nos ha hecho recordar la necesidad que tenemos de que nos recuerden quien ha esperado y espera tantos años para que pasemos por allí para verlo, saludarlo o simplemente para estar con él haciéndole compañía.

Don Manuel, queriendo llevar todo esto a su vida; **inaugura algunas escuelas populares y funda la Obra de las tres Marías de los Sagrarios-Calvarios** (1910). También comienza a escribir un libro: *Lo que puede un cura hoy*, y funda a su vez, los Juanitos del sagrario (1912). Vemos que incluso en el jaleo de la vida no aparta la vista de lo importante. Podemos imaginar a un cura caminando, por un largo desierto, con mi-

El Cielo le concedió y despertó en él un anhelo de amar a Jesús Eucaristía, de ir a verlo, quererlo, desearlo y llevarlo a todas las almas

les de distracciones a sus lados. Pero lo que asombra de este sacerdote es que no aparta la vista del fondo del camino, una gran caja de metal, ¿qué hay en aquella caja que ha enamorado a tantos santos hasta la locura?

Su camino crece, al igual que su amor hacia la Eucaristía. En el año 1916 es consagrado obispo, y crea los Misioneros Eucarísticos Diocesanos (1918). Tiempo después fundará las Hermanas Marías Nazarenas (1921). Es tanto el dolor que siente por ver a su Dios solo y olvidado, que todas las gracias que va viendo en sus oraciones, son el reflejo de la llamada de un Dios que suplica amor de los mismos hombres que lo condenan cada día a la cruz.

Enero de 1916, don Manuel fue consagrado obispo de Málaga donde ejerció su servicio durante 20 años (1916-1935). Fue aquí, donde entregado en cuerpo y alma a esta tierra, se proclama la **Segunda República** (1931). El 11 de mayo de 1931 una multitud de hombres enfurecidos y corrompidos por los políticos incendiarán el palacio episcopal, títulos y muchos más objetos religiosos históricos en la mayoría de templos y conventos de Málaga.

Consiguiendo escapar, son expulsados (don Manuel y muchos presbíteros) de la ciudad, refugiándose en Gibraltar, donde les acogerá el obispo, Richard Fitzgerald. La huida le hizo dejar atrás a don Manuel a su querida Málaga, donde había servido tanto años y en ella incluso había levantado, con mucho esfuerzo, un seminario. Fue en este el momento donde don Manuel se traslada a **Madrid**, mancillado con la imagen de un hombre peligroso y despreciable. Por más que el camino se le vaya complicando, él no aparta la mirada del sagrario, al contrario, se entrega mucho más, poniendo más amor, más paciencia, dejando su vida en aquella caja metálica. Y es por eso, por lo que **funda la obra de Reparación Infantil Eucarística**.

Hacia el año 1935 es nombrado **Obispo de Palencia**, llegando así a una de las últimas etapas de su vida. En julio de 1936 estalla la Guerra Civil española. Es por estas fechas, cuando don Manuel más sufriría, ya que fue la época en la que se profanaron el mayor número de sagrarios de la historia de España. ¡Cuánto dolor debió de sentir su alma al ver que el Amor de sus Amores estaba siendo desechado, y apartado de tantas vidas! Ya no solo los sagrarios estaban abandonados sino que empezaron las críticas, burlas y des-

precios hacia Él. Toda esta situación provocó en el alma de don Manuel un dolor difícil de soportar que le hizo unirse todo lo que pudo a la Cruz. En este momento don Manuel necesitaba a Dios y Él necesitaba a don Manuel.

Poco después de esta unión tan fuerte a la Cruz, don Manuel contrajo una enfermedad en Palencia y años más tarde murió en Madrid (4 de enero de 1940). Fue sepultado en la capilla en la que hoy reposan sus restos mortales. Don Manuel quiso que apareciese en su lápida la siguiente escritura:

«Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejen abandonado!».

Hablar de don Manuel González es hablar necesariamente de la Eucaristía y del Evangelio: la Eucaristía profundamente entendida a través del Evangelio. El libro de las palabras eternas, y el Dios del «para siempre».

Podemos pensar que don Manuel hizo cosas extraordinarias (que las hizo), pero no podemos olvidar que él era una herramienta, la llave, el

reflejo de todos los ratos que pasó frente al sagrario. Construyendo un «ellos». Ellos dos solos en silencio, resolviendo el mundo, planteándose la existencia, hablando de cosas absolutamente normales. Dios no espera que cuando vayamos a verle salga de nosotros la conversación más brillante del mundo, o el próximo discurso con el que todos llorarán. Dios es tan bueno y nos quiere tanto que solo quiere que cuando lleguemos ante Él seamos nosotros, convertir

En julio de 1936 estalla la Guerra Civil española. Es cuando don Manuel más sufriría, ya que fue la época en la que se profanaron el mayor número de sagrarios de la historia de España

nuestras palabras en oración. Contarle nuestras batallas, sufrimientos, dudas, dolores del alma, el porqué de nuestras heridas.

Pensando en el Santísimo, y en cómo don Manuel lo llevaba siempre en la mente, me hace pensar que

yo también quiero llevarlo siempre en la mente, en mi corazón. Incluso si cierro los ojos puedo ver a don Manuel desde los altares del Cielo, diciendo en apenas un susurro: ¿Qué te dice Él? Escúchale.

Las oraciones delante del Santísimo se transforman en palabras de amor que quedan para siempre escritas en la eternidad. Grabadas a fuego en el corazón de un Dios paciente.

Las palabras de don Manuel, al igual que las del Evangelio, están paradas en el tiempo. Son palabras que sirvieron hace veinte años y que actualmente siguen ayudando a muchas personas. Son palabras que las descubrió en el Santísimo, que le fueron reveladas por Dios. Palabras que si cerramos los ojos todavía las podemos escuchar y podemos hacernos nuestras:

«Ve al Santísimo, te espera desde hace miles de años, solo a ti. Quiere verte a ti. Da igual el enfado, el poco tiempo que tengas. Da igual que te sientas alejado de él, que no entiendas, que te cueste. Entra, mírale y observa. Tú le necesitas y Él te necesita. ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejen abandonado!».



La primera comunión de santa Teresita del Niño Jesús

«¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de amor. Me sentía amada y decía a mi vez: “Te amo, y me entrego a ti para siempre”... Ni el precioso vestido que María me había comprado, ni todos los regalos que había recibido me llenaban el corazón. Sólo Jesús podía saciarme».

Santa Teresita del Niño Jesús, (Ms A 35r^o-36r^o)

Un niño judío converso por la Eucaristía. Una historia contada por Hermann Cohen

Hermann Cohen*

En Lyon, los carmelitas eran invitados con frecuencia a predicar, ya sea en la catedral de San Juan o en otras iglesias de la ciudad, o, como en esta ocasión, en Saint-Martin d'Ainay. Hermann Cohen se dirige, en presencia del arzobispo, monseñor De Bonald, a un grupo de niños de la asociación Saint-Enfant-Jésus en un día de Adviento de 1857.

Para mantener su atención, les cuenta la historia de su sobrino Georges Raunheim que, desde el bautismo de su madre (1852), no ha dejado de desear el bautismo y la comunión. Fue bautizado en secreto en 1856. Hermann explica la oposición del padre de Georges, que profesaba el judaísmo. Los acontecimientos más oscuros: secuestro en un lugar secreto, distancia de su madre, firmeza frente a la oposición paterna, buscan impresionar a los niños y le lleva a Hermann a recordar a esos niños la oportunidad de nacer en familias católicas y poder recibir los sacramentos.

Gracia de la conversión en la festividad del Corpus

MIS queridos niños, hace seis años, un niño pequeño, que entonces estaba en su séptimo año, vino, con sus padres, judíos como él, a visitarme al monasterio carmelita cerca de la ciudad de Agen. Fue en el momento de las hermosas procesiones del Corpus Christi. Este niño se había educado con un profundo horror por nuestro divino crucificado; sin embargo, la gracia, que se extendió profusamente desde el fondo de la custodia donde Jesús se digna esconderse para nuestra felicidad, salió victoriosa sobre esta alma tan nue-

va, tan desacostumbrada a nuestros misterios; atrajo a este joven corazón a su amor con tan fuerte vehemencia y tal dulzura, que el niño creyó en la presencia real de Jesucristo en el sacramento de su amor, antes de conocer cualquier otra verdad de nuestra religión divina. Así, a fuerza de oraciones y súplicas, obtuvo el notable favor de poder ponerse la vestimenta de uno de esos niños del coro que, durante las procesiones del Santísimo Sacramento lanzan flores siguiendo los pasos de Jesús la Hostia. Encantado con las alegrías y los consuelos celestiales, después de cumplir esta función angelical, corrió hacia su padre: «Oh, mi padre», le dijo, «¿qué fe-

* Hermann Cohen, *Qui nous fera voir le bonheur?*, Sermons et autres textes, Editions du Carmel, 2020.

licidad! ¿No lo sabes? Acabo de tirarle flores al buen Dios». **En boca de este pequeño niño judío era una profesión de fe completamente nueva...** El padre, temiendo que este único hijo en el que tenía todo su afecto cambiara de religión, le propone que se fuera con él a París, el lugar de su residencia. Pero, antes de la partida, la joven madre también había sido penetrada en su corazón por la llama eucarística y durante una noche silenciosa, había recibido el bautismo y la Eucaristía de las manos sacerdotales de su propio hermano; al día siguiente, el obispo le dio el sacramento de la confirmación. Nada había hablado de este piadoso secreto, y la familia partió de nuevo hacia París, sin sospechar que había una cristiana en ella.

El joven Georges, –este es el nombre del niño–, no puede olvidar las santas impresiones que su alma había sacado de estas fiestas cristianas, a menudo hablaba de ellas a su madre, él la cuestionaba, y a ella, feliz de ver germinar en esta querida alma la semilla de luz que la gracia había arrojado en ella, deseosa de iluminar el conocimiento de este Dios de amor, de este dulce Jesús que quería nacer de una hija de Jacob y hacerse hombre para salvar a las ovejas de Israel...

Deseo ardiente de recibir a Jesús

A partir de ese momento, de hecho, su joven inteligencia y su ardiente corazón solo estuvieron ocupados con el pensamiento y la memoria de **esta pequeña Hostia que había herido su pobre corazón con amor, y todas las noches, después de asegurarse de que su padre estuviera dormido, reabrió sus ojos, comenzó a orar al dulce Niño Jesús durante mucho tiempo y a aprender bien su**

catecismo «¡Dios mío! Dijo: ¿Cuándo terminará mi ayuno? Entonces, ¿cuándo puedo recibirte en la Sagrada Comunión y presionarte en mi corazón?». Lo que le preocupó mucho fue el cambio que había notado en su madre desde este viaje al sur (..) Un día le dijo: «Dígame que no estás bautizada, de lo contrario lo creeré». La madre, avergonzada, solo pudo reconocer que se había convertido. «¡Ah! Mamá, continuó, lo veo bien, ya eres cristiana, y espero que el buen Jesús pronto me reúna contigo. Así que te perdono por haberme precedido; pero, al menos, ¿me has esperado para tu primera comunión? Y la madre, temblando con una emoción mezclada con alegría y miedo, se atrevió a confesar a su hijo que recibía a su Salvador casi todas las mañanas... Entonces el niño comenzó a llorar, a tirarse sobre el cuello de su madre: «¡Oh! ¿Por qué no me esperaste? Al menos, permíteme estar muy cerca de ti cuando Jesús esté en tu corazón, para que pueda abrazar respetuosamente a este divino Niño tan amable... Oh, amada madre, te ruego, la próxima vez, que me guardes algo de tu comunión; una madre comparte voluntariamente su comida con su hijo...».

(...) Este deseo, este ardor, mis queridos hijos, duró cuatro años enteros. Explicar los sacrificios, los esfuerzos que este pobre niño tuvo que hacer para reconciliar la obediencia que debía a su padre con su fe viva; su preocupación única por convertirse en cristiano, conocer, amar, servir a Jesucristo, sería imposible. ¡Fue un largo martirio, un mártir del amor por la divina Eucaristía! ...

Bueno, mis niños, tal vez nunca hayan pensado en el inmenso beneficio de nacer de padres católicos, de haber recibido el bautismo desde su nacimiento, en una ciudad como Lyon, donde la luz de la religión brilla

tan intensamente; tal vez nunca hayan dado gracias a Jesucristo por haberlos hecho hijos de su Iglesia incluso antes de que su razón se abriera a la luz... por admitirlos en el banquete de su amor sin haber encontrado obstáculos en su camino, sino más bien un estímulo santo... Vean a este pobre niño, a los once años, asiste a la solemnidad de una primera comunión en su parroquia... Su pequeño corazón está ardiendo de sed de Jesús...

El ve a todos sus compañeros de la infancia, sus amigos, que se acercan legítimamente a la mesa santa, y le veis que se esconde en un rincón

Pero ¡ay de vosotros, hijos míos, si la facilidad con la que se os distribuyen estos tesoros de gracia y salvación os hizo apreciarlos menos!

oscuro de la Iglesia, devorando sus lágrimas, lanzando a todos estos felices niños miradas de inconsolables celos!...

(...) Pero ¡ay de vosotros, hijos míos, si la facilidad con la que se os distribuyen estos tesoros de gracia y salvación os hizo apreciarlos menos! (...) Unos meses después de esta fiesta de su parroquia, la madre me escribió que ya no podía resistir las lágrimas de su hijo. Todas las dificultades de su posición con respecto a su amado padre se sopesaron cuidadosamente. Pero el amor de Jesucristo era más fuerte, y se decidió que vendría a París en secreto.

Primera comunión de Georges

¡Oh! ¡Si hubieras visto a este niño, cuando entró en la capilla, dirigido



por su madre! Tembló al sorprenderse en esta piadosa retirada de la vigilancia paterna. ¡Oh! Si hubieras visto al pequeño Georges arrodillarse, tranquilo, feliz, fuerte en su resolución, ¡el rostro radiante de una santa alegría! Oh, si hubieras escuchado las respuestas que me dio durante este solemne interrogatorio. «¿Qué estás pidiendo para tu hijo? –El Bautismo. –Pero, ¿sabes bien que mañana, tal vez, se verán obligados a obligarte a entrar en la sinagoga, para participar en un culto abolido? –No temas nada, tío mío, abjuro del judaísmo. –Pero si quisiéramos, con amenazas, obligarte a pisotear... Sin embargo, agregó, si estuviera atado de pies y manos, y si, a pesar de mis gritos, mi protesta y mi resistencia, me llevaran a la sinagoga

y pusieran los pies sobre la imagen del crucifijo, ¿habría apostasía si mi voluntad se resistiera? –No, hijo mía, solo la voluntad constituye pecado. –Entonces pido el bautismo.

La ceremonia continuó en medio de la emoción más profunda de los asistentes. Después de que llegara el bautismo, la Santa Misa, me di la vuelta y mostré al niño feliz el objeto de todos sus deseos. ¡Nunca antes un espectáculo más conmovedor había llamado la atención de la fe cristiana! ... Arrodillado entre su madre y su madrina, reunió en su corazón al dulce Niño Jesús que vino a traerle todo su Cielo con él... Nada perturbó su felicidad, ni siquiera el miedo a ser sorprendido por su padre...

Un día su padre le presentó un li-

bro y le dijo: «Oremos» –Padre mío, no puedo rezar en este libro de los israelitas». –«¿Y por qué?» – «Yo soy cristiano, soy católico». –Hijo mío, ¿estás jugando un juego cruel! Creo que no hablas en serio. Además, sabes bien que tu bautismo no sería válido sin el consentimiento de tu padre. –«Lo siento, padre mío, en nuestra santa religión católica, es suficiente tener la edad de la razón, la fe y la instrucción religiosa para ser bautizado válidamente». El padre ocultó por primera vez su irritación violenta; pero unos días más tarde, el 3 de diciembre, secuestró a su hijo, fue con él y lo llevó a un país protestante a 450 leguas de su madre.

Separación de la madre y privación de la sagrada comunión

Todos los esfuerzos realizados para descubrir el lugar donde este niño había sido relegado siguieron siendo inútiles. Todas las autoridades civiles y políticas habían sido puestas en marcha para buscarlo, pero como había sido colocado bajo un supuesto nombre en un internado dirigido por herejes, todos los pasos no tuvieron éxito. Y la madre se quedó sola... y el niño, como Daniel en el foso de los leones, luchando contra feroces ataques para hacerle negar su fe [Dn 6:17-28]. «Me gustaría volver a ver a mi madre», exclamaba a menudo, derramando abundantes lágrimas. «Volverás a verla», se le respondió, «si abjuras». «¡Oh! No, soy cristiano, soy católico y prefiero sufrirlo todo en lugar de renunciar a mi fe.»

Y a pesar de esta heroica fidelidad, se le escribió a la madre que su hijo había regresado a la oscuridad del judaísmo. Pero confiaba en Jesús, María, José, no creía nada al respecto, y sin saber que estaba sola

en París, vino a refugiarse aquí, en Lyon. Eclesiásticos de esta iglesia en Ainay han visto a menudo sus lágrimas caer sobre la mesa santa donde vino a sacar fuerzas de la recepción del pan de cada día, de este Jesús por cuyo bien se había expuesto a esta cruel separación de su único hijo.

Han pasado tres meses más, y una carta de Alemania le dice: «Ven, tu hijo está aquí, corre», y después de un doloroso y largo viaje de más de 500 leguas, mientras ve a su familia se le dice: «Tu hijo, no volverás a verlo hasta que hayas jurado ante Dios que lo criarás en la religión judía y que no manifestarás con ningún signo externo la religión católica que has abrazado».

¿Entendéis, hijos míos, esta posición desgarradora?

«Estaba segura de que permaneció fiel»

Después de unas semanas de desgarradora agonía, el corazón del padre se deja conmovir, y permite una entrevista, en su presencia, con la condición de que no haya cuestión de religión. El hijo se tiró sobre el cuello de su madre; ella lo bañó en sus lágrimas; no pudieron pronunciar los dulces nombres de Jesús y María; pero en una carta mi pobre hermana me dijo: «No podía decirme nada; pero entendí, sentí, estoy segura de que permaneció fiel. Sí, sentí en sus ojos, en sus tiernos besos, que mi hijo sigue siendo cristiano.»

Pero el pobre Georges se encontró de nuevo privado del tesoro por el que se había enfrentado a toda esta persecución religiosa; se había convertido en cristiano para poder recibir la comunión; y ahora, desde

el día de Todos los Santos hasta la Pascua, una severa vigilancia le impidió ir a la iglesia, y fue puesto en una pensión... ¿Sabes dónde? Hijos míos, en una ciudad donde no hay un solo sacerdote católico... ¿Os podéis imaginar una peor tortura?...

Un sacerdote acude en su ayuda

Encontró a su madre, pero ¿cuándo lo volverá a ver Jesús? Después de varios meses un día finalmente podrá escapar de la vigilancia de aquellos que lo mantienen, jugará en un bosque; pero no son las flores ni las mariposas las que está buscando; su mirada espera a un mensajero del Cielo... Un caballero pasa junto a él y lo mira con marcado interés, es él. ¿Saben quién era? Era un sacerdote misionero al que la madre del pequeño Georges había explicado la triste situación de su hijo.. Se había disfrazado y vino a caminar como por casualidad en este mismo bosque, y el niño feliz pudo hacer su confesión la primera vez desde su secuestro, ya hace diez meses. Pero eso no fue todo, ¿cómo recibir la comunión? El sacerdote tuvo que cruzar el río [el Elba] que separaba su misión del lugar habitado por el pobre neófito. Oraron, estudiaron el campo y, finalmente, unos días más tarde, fue el 2 de septiembre, el misionero se disfrazó de nuevo, tomó sobre sí un pequeño jarrón de plata que contenía todo el tesoro del Cielo, la Santa Hostia, y se embarcó en un barco de vapor, en medio de una multitud que no tenía idea de que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, estaba escondido en el pecho de aquel misionero.

El niño había podido escapar de la escuela para correr a la habitación

de su madre, y allí, en esta habitación donde habían improvisado un pequeño altar cubierto de flores y luces, ambos de rodillas estaban esperando la tan deseada visita del Salvador Jesús en persona, que estaba dispuesto a condescender para venir y fortalecerlos en su exilio.

Finalmente, el sacerdote, cruzando sin obstáculos todos los peligros de esta peligrosa empresa, llegó con su precioso depósito, y en este país sin fe, en esta ciudad sin sacerdote, sin una verdadera Iglesia, y en esta modesta habitación, el niño finalmente pudo cumplir con el deber pascual y unirse a su Jesús.

Esto es lo que el niño me escribió unos días después: «Cuando me desperté por la noche, oh, mi querido tío, para pensar en todas las gracias que el buen Jesús me ha dado desde que yo estoy aquí, lejos de cualquier ayuda religiosa, cuando pienso especialmente en la comunión casi milagrosa que pude hacer en la pequeña habitación de mamá, empiezo a saltar de alegría en mi cama y a morder mi manta en el transporte de mi gratitud.»

Unos meses más tarde, me escribió de nuevo: «Estamos en Nochebuena, y a medida que se acerca esta solemnidad, la vigilancia se está duplicando para evitar que reciba a mi Dios. ¡Ay! ¿Tendré que pasar estas hermosas vacaciones en un ayuno doloroso, privado del pan de vida? Reza al santo Niño Jesús para que mi ayuno termine pronto». Para que en este momento, mis queridos hijos, en el mismo momento en que les hablo, piensen que a más de 500 leguas de aquí, este querido niño está unido a nosotros. Oraremos al Niño Jesús para que le conceda la gracia de venir y consolarlo pronto con la sagrada comunión.



Orientaciones bibliográficas

Francesc Maria Manresa Lamarca

MIGUEL SANMARTÍN FENOLLERA, *De libros, padres e hijos*

Una reflexión personal

De libros, padres e hijos es el título de un libro reciente –a la vez que el salto editorial de un blog del mismo título– que se ofrece como una guía para padres con el afán de «convertir a niños y adolescentes en lectores entusiastas» y estoy convencido de que cumple bien con su objetivo.

Esta guía es de hecho una lista de libros selecta y personal –abrumadora a ratos– creada con delicadeza, criterio y mucha, mucha, mucha lectura. Es además una «lista» distinta ya que en ella el autor da razón de su selección, describe con precisión su contenido, expone sus argumentos, responde a las críticas que se imagina y no escatima siquiera un gramo de pasión en el ejercicio; de este modo, conmina al lector a una reflexión sobre lo que significa la lectura no solo personal sino doméstica y lo invita a una visita familiar –la suya– donde han hecho de la lectura un instrumento de educación, un hábito compartido,

un espacio de intimidad, un ámbito de complicidad y una experiencia vital.

Invitación a la lectura

El libro se puede dividir en dos partes. La primera tiene un tono reflexivo y sugerente, con la invitación a la lectura y la introducción de dos temáticas a las que el autor da una importancia trascendental: la poesía y la fantasía. La segunda parte corresponde a la «lista de libros por edades»: una selección pensada en tres tramos de edad entre la infancia y la adolescencia –de acuerdo a la invitación de la portada– y que de una manera ágil y concienzuda propone lecturas y reflexiones. Una segunda parte, por cierto, que recomiendo seguir con papel y bolígrafo, con «postits» o doblando esquinas de las páginas...

El libro tiene la virtud de hacer pensar: ¿Qué leo? ¿qué leen mis hijos? o en el peor de los casos ¿leen mis hijos? Soy consciente de que



todos somos deudores de nuestra experiencia y ya adelante que los libros que se leían en la casa en que crecí y en la casa en la que crecen mis hijos no coinciden mucho con los libros que el autor propone. No obstante, hay tres cosas en las que sí hay semejanzas y que podrían fundamentar lo que el autor propone como introducción a la buena lectura: la primera es que **los hijos leen porque los padres leen**; la segunda es que **no debe tenerse en el hogar cualquier libro**; y por último **que no debe haber libro que los niños lean sin que los padres tengan un juicio favorable sobre él**, bien porque se haya leído, bien porque se conozca por una recomendación o crítica muy fiable.

Para la consecución del hábito de la lectura en el hogar el autor propone unas condiciones prácticas y reveladoras a la vez: **los momentos de lectura, el silencio, la memoria, el acceso fácil a los libros y la conversación sobre ellos**. ¡No nos viene mal una revisión sobre todos estos aspectos, como un examen de conciencia literario! De entre todas estas «recomendaciones», creo que hay una que confiere un carácter particular a las familias que leen: el de la conversación sobre libros, que es en el fondo el de la participación de la lectura, la comunicación de una pasión, la disposición a un consejo o a una apreciación o a una palabra iluminadora que aclara, revela, eleva o hace resplandecer lo que aquella lectura ha removido o, quizás mejor, conmovido en el interior de cada uno.

Hay en el autor un triple móvil, según él mismo reconoce: una preocupación, un afán y una pasión. La pasión es indudablemente la de los libros; la preocupación es la del destierro de la buena lectura del mundo de hoy, sea de la escuela o

del hogar; y el afán es el de la comunicación de la verdad, el bien y la belleza para disponer a los hijos a la contemplación de su máxima expresión que es Dios.

La belleza

La belleza es algo realmente primordial en la educación de los hijos y en el caso de la lectura ésta se sugiere tras unas letras impresas o unas palabras precisas, en la evocación de una idea o en la iluminación de un concepto, pero no por eso debe desdeñarse jamás el poder de las ilustraciones. El autor se muestra convencido de que éstas son vitales para los pequeños lectores, porque no se trata solo de que lean cosas buenas, sino que, rodeados de buenas y hermosas ilustraciones, despierte en ellos el sentido de alegría y asombro ante la belleza, a la vez que comprendan mejor el texto –como decía Walter Crane– mientras entretienen su mirada.

La fantasía

A la fantasía el autor le dedica dos capítulos: unos sobre cuentos de hadas y otro sobre cuentos de héroes, míticos o fantásticos. Siguiendo la lectura, es asombroso verse llevado de la mano a las entrañas de aquellos escritos, algunos tan antiguos, algunos simples como las fábulas, etéreos y luminosos como los cuentos de hadas, complejos y arrebatadores como los mitológicos. En todos ellos nos predispone el autor a dejarse salpicar por el polvo de belleza, por las astillas de verdad –según expresión suya– que en ellos se pueden descubrir: la inocencia y el candor de los cuentos de hadas, que despiertan los sentimientos del corazón humano o evocan la salvación a través del

amor, el sacrificio y el dolor; o de modo diferente verse arrastrado a la lucha del bien contra el mal en la que viven permanentemente los héroes y sus historias.

Para el autor, la fantasía despierta en niños y jóvenes el sentido de la maravilla y del asombro, y los dispone para lo misterioso y lo trascendente, tanto que parece que no hay mejor medio para el desarrollo de sus capacidades imaginativas. No obstante, creo que es legítimo preguntarse: ¿Por qué son las historias de fantasía el mejor estímulo para la imaginación? ¿Por qué son claves las historias de hadas, de héroes y monstruos para abrirles la perspectiva a la vida del misterio, la del espíritu, la de lo que no se ve y sin embargo existe? ¿No podríamos pensar, por el contrario, que fantasía es la referencia a lo que es irreal, inverosímil y, de algún modo, fácil o –con perdón– tramposo? ¿No podríamos oponer que hay mucha más imaginación en realidades invisibles, historias verosímiles y desenlaces geniales? ¿De verdad estimula más la imaginación el viaje por la Tierra Media que la historia de los Magos de Oriente? Se me antoja difícil explicar por qué hay más heroicidad en la vida de Héctor que en la del Cid Campeador o más audacia en la del rey Arturo que en la de Robín de los bosques; o por qué se capta mejor el mundo alegórico de Narnia que las peripecias de la vida del Pequeño Nicolás, de Phileas Fogg o D'Artagnan.

Reflexionar sobre el valor de la fantasía, de su utilidad educativa, de su goce artístico, de su altura creativa, debería servirnos para ponderar tanto su lugar como su importancia en la lectura de nuestros hijos. Despreciarla es a todas luces una idiotéz; sobrevalorarla, en mi opinión, un riesgo.

Obviamente que la propuesta de Miguel Sanmartín no se encierra

solamente en la fantasía ¡ni muchísimo menos! y, aunque es innegable su profusión en las sugerencias, la guía no se limita a ellas. No obstante, y vuelvo a mi humilde experiencia, echo en falta temáticas subrepresentadas o que ni siquiera están en las propuestas y con las que invitaría a que completara su guía. Ellas son **novelas históricas o biográficas**, de un valor incalculable para adentrarse de joven en el conocimiento de la historia, dejarse atrapar por su vívida contextualización y sentarse en el aula de su maestría; también **las vidas de santos**, que teniendo las virtudes de las novelas históricas muchas veces, nos transmiten ejemplos edificantes para toda nuestra vida; **hay novelas de humor** –¡qué haría sin mi Guareschi!– que enseñan más para la vida que todos los tratados de moral; hay lecturas espirituales adecuadas para todas las edades; hay también **libros de ensayo** que van adentrando al joven en el mundo del pensamiento, en la recta formación de su criterio y la fundamentación de su propia vida cristiana; **hay libros apologeticos**; hay libros de cruzada (vandeana, carlista, cristera, antiturca, antinapoleónica...); hay libros **de testimo-**

nio; y hay también muchos de poesía castellana (e incluso en otras lenguas españolas)... y tantos otros más que, junto con los propuestos, pueden hacer gozar al joven lector, edificar su alma, esponjar su espíritu y hacerlo crecer sin duda en la contemplación de la verdad, el bien y la belleza.

La poesía

No quiero terminar sin agradecer al autor un regalo muy especial: la poesía. ¡Qué poco valoramos su poder educativo y el influjo benéfico de su arte! Quizás por eso la frecuentamos tan poco. En cambio, como nos dice Miguel Sanmartín, el poeta intenta nombrar las cosas por su nombre verdadero, reduce la distancia entre la palabra y la cosa y nos deja frente a ella. ¡Qué bella expresión!

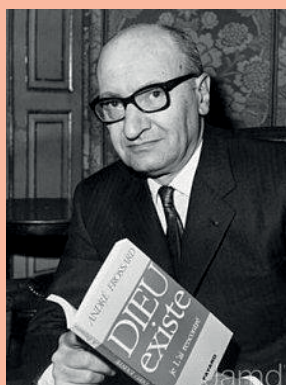
La poesía es un tesoro, es un bien adecuado al hombre. El uso de la imagen y la metáfora es legítimo –decía el padre Orlandis– porque son una traducción del modo de ser del hombre y del modo de ser de la naturaleza que lo rodea; es por ello que la poesía no es un fantasear, sino el modo humano por excelencia de expresar la Verdad. Si la filosofía aspi-

ra a la intuición por el discurso, la poesía aspira a la intuición por medio de la imagen, esa intuición que no es sino penetración profunda de la realidad de las cosas.

Nadie puede entender todo lo que la poesía significa si no guarda en su memoria poesía, siquiera retazos de ella, versos que le hablaron directamente a la imaginación y a los afectos, que lo llevaron a la admiración, al entusiasmo, a la devoción, al amor, parafraseando al santo Newman. Si no se la damos a nuestros hijos, la poesía no formará parte de ellos y esa aspiración a la perfección quedará lamentablemente coja. La poesía se hace de palabras, pero en ella hay rima, hay música, hay ritmo, pero también hay silencio: el que hace enmudecer al niño admirado ante la belleza, resplandor de la verdad.

Leer es una aventura fascinante, porque cuando uno lee –como decía un buen amigo– pasan cosas. Si amamos a nuestros hijos debemos desear que lean, también porque si dejan de leer, dejan de pensar, según el gran Dostoyevski; y si uno deja de pensar lamentablemente no se quedará callado, sino que dirá cualquier cosa.

André Frossard, un converso por la Eucaristía



«Dios existía y estaba al mismo tiempo presente, revelado, enmascarado en aquel derroche de luz que sin discursos ni figuras se ofrecía toda para la comprensión y el amor (...) Una sola cosa me sorprende: la Eucaristía. No que me pareciese increíble, pero me sorprendía que la caridad divina hubiese encontrado este método inaudito para comunicarse y sobre todo que para hacerlo hubiese elegido el pan que es el alimento del pobre y el preferido de los jóvenes...» (...) «Amor, para hablar de ti sería demasiado poco la eternidad».

André Frossard, *Dios existe, yo me lo encontré* (1969)



Hemos leído

Aldobrando Vals

Vivimos una época frívola y perversa

El Debate de hoy

Giulio Meotti, periodista y autor de una docena de libros, ha sido entrevistado para El Debate por José M^a Sánchez Galera en un diálogo que no deja indiferente:



Varios intelectuales franceses han acuñado la expresión «Modernidad tardía» para referirse a nuestro tiempo. ¿Vivimos de verdad en una época de decadencia, o más bien en la invasión de los bárbaros?

—Es una época de decadencia y de desintegración. La figura del padre se ha desplomado en Occidente.

Se ataca la maternidad, mediante la «bioética» que ahora se emplea para dismantelar la ética aristotélica y judeocristiana. El aborto se ha establecido como un derecho humano. La diferencia sexual es ahora un cliché, y el transgénero se va difundiendo, sin oposición alguna, por medio de la escuela, de los periódicos, de la televisión y los Parlamentos. Es una época nunca vista antes: frívola, perversa, que no admite disenso, en la cual se prende fuego al viejo mundo en nombre de los «derechos». Viejo, cada vez más viejo, incluso físicamente. El derrumbe de la tasa de natalidad es el elefante en la cristalería de la posmodernidad.

—Las universidades son las primeras que destierran a Homero y a Cicerón, y a todos los «hombres blancos muertos»...

—Aún no nos hemos dado cuenta de lo que está sucediendo: ahí se está formando a la clase dirigente del mañana en nombre de esta revolución nihilista. La universidad, los periódicos, el gran capital *woke*, los intelectuales, la política, todos están sometiendo a Occidente a un juicio sumarísimo. Eso de «*whiteness*» —también llamado «privilegio blanco»— no es más que una denominación que le han dado a la civilización, para colarnos, so pretexto de la inclusión, un fascismo de verdad y con todas las letras. Odian profundamente la historia. Cance-

lan todo, desde William Shakespeare hasta Isaac Newton... Y nosotros, los europeos, debido a una actitud de sumisión cultural, también aceptaremos esta «importación».

–Por otra parte, los llamados «nuevos europeos» no suelen mostrar ningún apego por la cultura europea, y prefieren mantener el estilo de vida y tradiciones de sus países de origen.

–El otro factor de desintegración es el islam. Francia, Bélgica, Suecia, Holanda, Londonistán... todos están «perdidos», en el sentido de que hemos sobrepasado el umbral de lo reversible y dentro de una generación tendrán minorías islámicas del 20-30%. Ya son así hoy muchas de sus ciudades. ¿Qué pensamos que va a

«Es una época nunca vista antes: frívola, perversa, que no admite disenso, en la cual se prende fuego al viejo mundo en nombre de los “derechos”. Viejo, cada vez más viejo, incluso físicamente»

sucedan entonces? En el mejor caso, la balcanización, la libanización. En el peor caso, la guerra civil. Pero no lo creo. Se necesitan dos bandos para emprender una guerra. De todos modos, ahora el mero análisis de esta realidad constituye un crímen orwelliano: a uno lo acaban excluyendo de la sociedad «respetable».

–Usted denuncia que líderes islámicos, como Erdogan, financian la construcción de mezquitas en Europa, mientras que la presencia cristiana en Oriente Próximo va menguando cada vez más sin remedio.

–Erdogan es el nuevo Jomeini, pero más peligroso, porque tiene un pie dentro de la OTAN y otro en el umbral de la UE. Hostiga a los armenios en Karabaj, ocupa la mitad de Chipre, está presente en Libia, en Siria, y en Europa construye centenares de megamezquitas, en Colonia, Estrasburgo, Ámsterdam. Es el lobo islamista disfrazado de cordero de la demokratúra. Ha quedado del todo evidente cuando volvió a dedicar a Alá la basílica de Santa Sofía después de 80 años.

–¿La esperanza que le queda a la Europa cristiana (Roma, Atenas, Jerusalén) son las semillas de mostaza cuyos frutos tardarán dos o tres generaciones en verse?

–Tenemos que atravesar un largo período de escombros y caos, de turbación, y esperar que el ser humano recuerde. Recuerde ¿qué? Que es una persona, que es hijo de un padre y de una madre, que huella una tierra fruto del trabajo y de la cultura de sus antepasados, y que, a la postre, lo único que dejará en esta tierra son nuestros hijos, no sus vanidades ideológicas. Si recuerda esto, será suficiente para que renazca la esperanza.

La leyenda de la «papisa» Juana

L'Homme Nouveau

L'Homme Nouveau recoge la explicación que *Philippe Roy-Lysencourt*, profesor de Historia en la Universidad Laval de Quebec, hace de una de las leyendas que recurrentemente se

utiliza para atacar a la Iglesia, la de la supuesta mujer que habría ostentado el papado:

Según una persistente leyenda, cuyos primeros registros escritos se remontan al siglo XIII, una mujer, de nombre Juana, habría ocupado la sede apostólica en los siglos IX, X u XI, antes de ponerse de parto y dar a luz en público. Según la versión, este parto habría tenido lugar mientras celebraba misa, mientras iba a caballo o durante una procesión. Mientras que algunos afirmaron que murió en el parto o fue apedreada hasta morir, otros argumentaron que fue simplemente depuesta.

El relato más antiguo conocido de esta historia se encuentra en la *Chronica universalis Metensis*, escrito alrededor de 1250 por el dominico Jean de Mailly, que escribió: «A verificar. En aquellos años [finales del siglo XI] hubo un cierto papa o más bien una papisa, pues era mujer. Disfrazándose de hombre, se convirtió, gracias a sus cualidades, en notario de la curia, luego en cardenal y finalmente en papa. Un día, mientras montaba a caballo, dio a luz. Inmediatamente la justicia romana le ató los pies y la ató a la cola de un caballo. Así arrastrada, fue apedreada por el pueblo durante media milla y fue enterrada donde murió». Poco antes de 1260, este relato fue retomado de forma casi idéntica por el inquisidor dominico Esteban de Borbón en su *Tractatus de diversis materiis predicabilibus, exemplum* que contiene unos 3.000 relatos, así como por un franciscano anónimo de Erfurt que, en su *Chronica minor Erphordiensis*, precisa que la papisa «era hermosa, de gran saber y de gran hipocresía de vida». El primero sitúa el pontificado en torno a 1100 y el segundo en torno a 915.

Un poco más tarde, hacia 1277, en una versión tardía de su *Chronicom pontificum et imperatorum*, Martín de Troppau sitúa la anécdota a mediados del siglo IX, tras la muerte del papa León IV: «Después de este León, Juan el Inglés, natural de Maguncia, reinó durante dos años, siete meses y cuatro días, y murió en Roma. Era, según se dice, una mujer. Desde su juventud iba a Atenas con su amante, vestida de hombre. Adquirió tales conocimientos en las distintas ciencias que no se pudo encontrar a nadie que la igualara. [...] Como su conducta y su ciencia gozaban de gran reputación, fue elegida papa por unanimidad. Sin embargo, se quedó encinta durante su pontificado. Ignorando cuándo iba a dar a luz, experimentó los dolores del parto yendo de San Pedro a Letrán. Dio a luz entre el Coliseo y la iglesia de San Clemente, y luego murió; fue enterrada allí. Como el Papa se desví siempre al hacer este trayecto, se cree que es por el desagrado que supone el recuerdo de este evento». Esta versión de la leyenda se insertó posteriormente, con ligeras variaciones, en el *Liber pontificalis* en el siglo XIV y en varios manuscritos.

Hacia finales del siglo XIII, en su *Chronique de l'abbaye de Saint-Pierre-le-Vif de Sens*, Godofredo de Courlon relató la historia de la papisa Juana a partir del texto de Troppau, pero añadiendo un dato: «De allí, se dice, los romanos tomaron la costumbre de averiguar el sexo del elegido a través de la abertura de un asiento de piedra». Un segundo mito se injertó así en el primero y, según algunos autores, su origen se debe al uso, durante la ceremonia de investidura de los pontífices romanos entre 1099 y

1513, de dos asientos perforados que servían de letrinas en la antigüedad. Estos asientos, que aún existen, datan del siglo II y se utilizaban por estar hechos de mármol precioso. El nuevo papa debía sentarse en ellos, primero en uno y luego en el otro, para recibir ciertas insignias de su dignidad y poder, lo que podría haber dado lugar al rumor.

¿Cuál es el origen de este supuesto pontificado? Podría provenir de la influencia exorbitante de ciertas

«Los argumentos de estos estudiosos se basan tanto en la inverosimilitud de la leyenda (diversidad de nombres, orígenes y épocas) como en la imposibilidad de ese pontificado: no hay lugar para él en las fechas que se le atribuyen

mujeres de la aristocracia romana en el papado durante el siglo X, como Teodora I y su hija Marozia, madre del papa Juan XI. Otra explicación radicaría en el hecho de que una de las amantes del papa Juan XII se llamaba Juana Rainière y algunos la llamaban «papisa».

Sin embargo, la leyenda, que tuvo muchas variantes, se difundió tanto que parece haber sido aceptada universalmente entre el siglo XIII y finales del XV. Hacia 1362, el agustino Amaury d'Augier la incluyó en la lista de papas, asignándole el número ciento diez. Asimismo, a finales del XV, Platina la convirtió en el centésimo papa con el nombre de Juan VIII. Además, en los siglos XV y XVI, Juana

fue representada entre otros papas en la catedral de Siena. También fue representada en pinturas y libros.

Además, algunos teólogos reivindicaron la existencia de la papisa para defender sus tesis eclesiológicas. Así, en un sermón predicado ante el antipapa Benedicto XIII en Tarascón en 1403, el teólogo Juan de Gerson afirmaba que la Iglesia podía «equivocarse y ser engañada, como sucedió hace tiempo cuando tuvo una mujer por papa». En el Concilio de Constanza Juan Hus utilizó esta leyenda para poner en cuestión el principio de la primacía romana sin que fuera desmentido.

Más tarde, los protestantes explotaron esta historia para desacreditar al papado. A raíz de esto se empezó a investigar su veracidad y a ser cuestionada seriamente a partir del siglo XVI. En sus *Annales Boiorum*, publicados en 1554, Johannes Aventinus la niega categóricamente. Posteriormente fue impugnada con serios argumentos por Onofrio Panvinio, César Baronio, Roberto Belarmino, Florimond de Raemond y el protestante David Blondel. Así fue siendo progresivamente desacreditada antes de ser refutada definitivamente por Pierre Bayle en su *Dictionnaire historique et critique* (1697). Los argumentos de estos estudiosos se basan tanto en la inverosimilitud de la leyenda (diversidad de nombres, orígenes y épocas) como en la imposibilidad de ese pontificado: no hay lugar para él en las fechas que se le atribuyen; en algunos manuscritos aparece en forma de anotaciones posteriores; los primeros textos que lo recogen están muy alejados del acontecimiento; la literatura lo ignora antes del siglo XIII, etc.



Hace 75 años Dos hombres, dos pueblos

Ibón Elósegui

HACE 75 años, la revista Cristiandad dedicaba uno de los dos números de agosto al proceso de la unificación alemana e italiana, tratando de ver en aquellos acontecimientos históricos los prolegómenos de lo que años más tarde se materializaría en la primera y segunda guerra mundial. Y es que, en la historia, las causas y las consecuencias no son inmediatas, sino que transcurre mucho tiempo entre el origen y las consecuencias posteriores en las que desembocan.

La aparente disparidad entre estos dos procesos de unificación está más en las formas que en el fondo o en los fines pues, tal y como afirma otro de los artículos de este número:

«Dos Revoluciones, en el fondo idénticas, aunque pudieran presentarse dispares en el aspecto exterior, recorren el camino de la historia en una misma época, con un mismo ideal unitario, en un siglo en que Europa entera es revolución. Una levanta por bandera el “Risorgimiento”, la otra el “Kulturkampf”. El fundamento de ambas es liberal. Una misma lucha frente a la Iglesia católica y el Papado las une. La primera estará acorde con el carácter latino y mediterráneo, que formará su idiosincrasia. La segunda se adaptará al carácter germánico y prusiano. Pero las dos son revoluciones y liberales». Los protagonistas fueron Bismark y Cavour, tras quienes años más tardes vendrían Hitler y Mussolini, quienes pasearon bajo el firme suelo establecido por sus antecesores.

NO cabe ninguna duda. El hecho político más trascendental del siglo XIX, que se ha proyectado poderosamente sobre el nuestro, dando motivo y argumento a su gran tragedia, ha sido el de la gestación de las dos unidades: la italiana y la germánica.

Ellas vinieron a destruir el «equilibrio» europeo establecido en los Tratados de Viena, y crearon un nuevo mapa de Europa, esencialmente inestable, que había de conducir, su-

cesivamente, a la catástrofe de 1914 y a la segunda, inmensamente peor –pero consecuencia de la primera– de 1939.

Cuando desapareció, en 1815, de la escena mundial el Gran Corso, que tanto la había trastornado, el restablecimiento de aquel equilibrio fue la natural consecuencia y preocupación de las cancillerías. El Occidente equilibrado por el Oriente. Dos grandes potencias continentales: Francia y Rusia, neutralizándose entre sí en



Cavour

beneficio de la única potencia esencialmente marítima: la Gran Bretaña. Y entre aquellas dos grandes potencias terrestres un mosaico de estados, dietas y confederaciones en el mundo germánico, dominados, es verdad, por un rey y por un emperador bastante poderosos: el de Prusia y el de Austria. Pero, asimismo, neutralizados entre sí por su profundo y ancestral antagonismo. Seguía el «equilibrio».

Y más al sur, en la península italiana, otro mosaico de pequeños reinos o ducados ribereños al «Mare nostrum», surcado no por sus naveas propias, sino por las de los sucesores de Nelson, felices e indisputados dueños de unas aguas que han sido siempre centro del Mundo.

Era, como hemos ponderado antes, el «equilibrio perfecto», prelude de la «pax britannica» victoriana que habrá de determinar la época clásica del liberalismo.

... Y aquí la fiesta fue turbada, en curiosa paradoja, por los propios manejos que surgían de las brumosas orillas del Támesis, de los mismos afortunados detentadores del mundial arbitraje. Por los planes de la Secta, que tenía en aquellas riberas su alto estado mayor, aprovechándose de un doble factor: el ya citado liberalismo –«romantizado» cuando era menester disimularlo– y el creciente nacionalismo que agi-

taba dos pueblos que sentían, como sus vecinos, y quizá en gran parte legítimamente, que también a ellos les había llegado el turno de sentirse en estado de mayoría de edad.

Y ambos pueblos se hallaban en el centro, mejor dicho, en el eje –palabra que nos trae recientes y significativas reminiscencias– de la Europa de la época que ha sido calificada como la del «desenvolvimiento de las nacionalidades». Y ambos pueblos se agitaban y bullían, en ansias de unidad. Unidad que, empezada en el terreno del sentimiento y de las letras, había ya tenido expresiones concretas en el de lo económico, para coronarlas, al fin, en el de lo político.

Klopstock, Wieland y Lessing primero, Goethe y Schiller después, habían sido sus primeros adelantados en Germania. Paralela y contemporáneamente a ellos, en el sur, en la Península, otros habían desarrollado idéntico papel: los Hugo Fóscolo, los Alfieri, los Leopardi y los Manzoni... Entre tanto, en Königsberg, después de «treinta años de reflexión solitaria», racialmente teutónica, un filósofo, que estaba destinado a ser tronco de una cadena terrible, sentaba las primeras bases de la misma. Pensamiento y acción, poesía y arte, no muchos años más tarde, pasada la convulsión napoleónica –fruto quizá, en gran parte, de la misma–, habían de convergir y plasmarse en confederaciones y en sistemas que fatalmente habían de acabar gravitando como satélites, alrededor del astro, el más fuerte y el más brutal de todos ellos: Prusia...

En forma más agitada, como corresponde a su temperamento, así como a la cuantía de intereses y de potencias que sobre la misma se debatían, la unidad italiana iba, asimismo, incubando. Allí también la Secta

–que no reposaba tampoco en Alemania– tenía, y mejor que en parte alguna, terreno abonado, sin más que desvirtuar y prostituir el porcentaje de legitimidad que el anhelo de los pueblos atesoraba. Allí la Secta cuidaba de alimentarlo, de darle pábulo,



Bismarck

con el odio al Papado y al austríaco, dolosamente mancomunados en un mismo denominador de calumnia, a menudo, incluso, trompetera.

Dos pueblos. Y dos pueblos que iban a consumir su unidad por medio de dos hombres trascendentales.

Dos hombres, dos políticos. Probablemente los dos políticos más consumados y más hábiles de su siglo. Dos políticos cuyo impresionante paralelismo corresponde también al de dos reyes. Y a dos guerras. A dos crímenes. A dos liberalismos. Y a dos catástrofes, en fin.

Cavour y Bismarck fueron los dos hombres cuya política realizó, respectivamente, la unidad de Italia y la unidad de Alemania. Y a ellos correspondieron dos reyes, cuyo papel fue asimismo paralelo. Víctor Manuel y Guillermo, protectores ambos de sus astutos ministros. Y dos guerras, o, si se quiere, dos grupos de guerras.

Ingloriosas siempre las italianas – derrotas de Custoza y de Novara–, auténticas «blitz-krieg» las germánicas. Pero victoriosas en definitiva unas y otras. Las primeras mediante la doblez y la perfidia; las segundas gracias a la brutalidad del «junker» pomerano y del uhtano feroz.

Y dos crímenes. Ambos, elemento precito de unión, diabólico conglomerante de designios, contra nuestra Santa Madre la Iglesia, rubricando la fatalidad de que pueblos tan conspicuos como estos del centro y del eje europeo hubiesen de seguir, determinadamente, un sentido típicamente gibelino. El crimen de la brecha de la Puerta Pía, coronación de las sucesivas y sacrílegas expoliaciones al Papado, hasta reducir al Vicario del Cristo a su cárcel del Vaticano. El crimen del «Kulturkampf» en el Reichstag y en las Dietas, y luego en las cárceles, a la vera del Spree, del Oder o del Wesser, preludeo de los campos de concentra-

ción o de las cámaras de gas de nuestra triste época. Dos crímenes que se corresponden, naturalmente, a los dos liberalismos que los inspiran.

Y dos catástrofes, en fin. Las que tuvieron su preludeo en 1918, y su coronación en 1945, cuando aquellos

Dos catástrofes. Las que tuvieron su preludeo en 1918, y su coronación en 1945, cuando aquellos que también habían coronado la obra de Cavour-Bismarck, o sea Mussolini y Hitler protagonizaron tremendas tragedias

que también habían coronado la obra de Cavour-Bismarck, o sea Mussolini y Hitler, protagonizaron las tremendas tragedias de la plaza del Duomo o de la cancillería berlinesa...

El destino de pueblos tan conspicuos, tan cargados de esencias de la entraña misma de la cristiana civilización, es tema apasionante cuya relación con la teología de la historia es obvio ponderar. Modesta y humildemente, nuestra Revista, siguiendo en este número la marcha cronológica establecida en los anteriores, plantea el problema que estos dos hombres, al ser los actores de un gran drama del que no habían sido ciertamente los creadores, sino los coronadores, legaron a la Europa bajo un doble factor de desequilibrio: el de su profunda descristianización en lo espiritual, y el que determinó, en lo físico, queremos decir, en lo geopolítico, la desaparición del viejo sistema de Viena, con el surgimiento, en pleno centro europeo, de un gran imperio y de una gran nación que, forzosamente, habían de resquebrajar al Continente por su mismo eje.

«La Eucaristía es el origen de toda forma de santidad»



Queridos hermanos y hermanas, la Eucaristía es el origen de toda forma de santidad, y todos nosotros estamos llamados a la plenitud de vida en el Espíritu Santo. ¡Cuántos santos han hecho auténtica su propia vida gracias a su piedad eucarística! De san Ignacio de Antioquía a san Agustín, de san Antonio Abad a san Benito, de san Francisco de Asís a santo Tomás de Aquino, de santa Clara de Asís a santa Catalina de Siena, de san Pascual Bailón a san Pedro Julián Eymard, de san Alfonso María de Liguorio al beato Carlos de Foucauld, de san Juan María Vianney a santa Teresa de Lisieux, de san Pío de Pietrelcina a la beata Teresa de Calcuta, del beato Pier Giorgio Frassati al beato Iván Merz, sólo por citar algunos de los numerosos nombres, la santidad ha tenido siempre su centro en el sacramento de la Eucaristía.



Pequeñas lecciones de historia

San Atanasio (4): el arrianismo

Gerardo Manresa

ARRIO era un sacerdote nativo de Libia de la Iglesia de Alejandría, que había sido sancionado junto con el sacerdote Melecio, por querer tratar duramente a los sacerdotes que renegaron en la persecución de Diocleciano y que luego querían volver a la Iglesia, en tiempo del obispo san Pedro de Alejandría.

Entre los años 315 y 318 las enseñanzas de Arrio negando la divinidad de Jesucristo habían tenido éxito, al hacer peligrosos progresos, entre las «vírgenes consagradas» de la sede de San Marcos, Alejandría.

Arrio, al negar la divinidad de Jesucristo, y por ende, su capacidad de obrar la Redención acusó al obispo Alejandro de sabelianismo. La enseñanza de Arrio había sido formulada años antes por Luciano de Samosata, fundador de la Escuela de Antioquía, pero Arrio fue quien expandió esta herejía. Éste fue depuesto en un sínodo en Alejandría constituido por más de cien obispos de Egipto y Libia. El herejarca condenado se retiró primero a Palestina y luego a Bitinia, donde, bajo la protección de Eusebio de Nicomedia y el mismo Luciano, se aceptaba mejor que Jesucristo viniese a ser un demiurgo afín a su platonismo semi-mágico. De esta herejía conviene considerar su continuidad y a la vez su contraste con anteriores fases del «error judío», que intentaba

reducir a horizontes terrenales y humanos la figura del Mesías y el sentido y carácter de su Reino.

Atanasio, aunque era sólo un diácono, debió tener un papel importante en estos eventos. Él era el secretario de confianza y consejero de Alejandro, y su nombre aparece en la lista de aquellos que firmaron la carta encíclica emitida posteriormente por el primado y sus colegas para contrarrestar el creciente prestigio de la nueva enseñanza y el impulso que estaba comenzando a adquirir Arrio, debido al ostentoso patrocinio le hacía la facción de Eusebio. De hecho, es a este partido y a la influencia que fue capaz de ejercer en la corte del emperador, que parece deberse principalmente la subsecuente importancia del arrianismo como un movimiento político, más que religioso.

Ahora causa extrañeza comprobar cómo el pueblo se apasionaba por el tema teológico. En el puerto, en los mercados, en los talleres, en el teatro, en los baños, en las calles, hombres y mujeres y hasta chiquillos venían a las manos discutiendo con ardor si tenía razón Arrio o su obispo Alejandro de Alejandría. No se oía otra cosa, como había de hacer notar más tarde san Gregorio Nacianceno: «Si preguntáis a un mercader cuánto pide por su mercancía, os responderá si creéis



Arrio (250 o 256 -336)

que el Hijo fue engendrado o no engendrado; el panadero os dice: el Hijo es subordinado al Padre. Y si mandáis al criado que os caliente el baño, replica que el Hijo fue creado de la nada.»

Que la controversia desbordaba la capacidad sobrenatural del emperador se deduce claramente de su reacción ante el tremendo problema planteado: «¡Ay de mí! -escribe a los contendientes-. ¡Qué herida me ha causado en el corazón oír las querellas que os dividen!»(...) «Investigando la causa de estas discusiones encontré que era un asunto insigni-

ficante y enteramente desproporcionado el de esta controversia; porque vos, Obispo Alejandro, preguntáis a vuestros presbíteros lo que piensan acerca de un pasaje de la Escritura Santa, o sobre cuestiones tontas; y vos, Arrio, sin ningún respeto, lanzáis ideas que nunca debíais haber pensado, o si las pensasteis, debíais haber callado...». ¡Parece que la divinidad de Jesucristo era, para «el protegido del Dios de los Cristianos» un asunto insignificante!

Es mérito peculiar de Atanasio que no sólo viera el decurso de las cosas desde el puro principio, sino que se mantuviera confiado sobre el tema hasta el final. Su visión y valentía se mostraron como un baluarte de la Iglesia Cristiana en el mundo casi tan eficiente como su singularmente lúcida comprensión de la creencia tradicional católica. La oportunidad llegó en el año 325, cuando el Emperador Constantino el Grande, aconsejado por Osio, obispo de Córdoba, que por aquel momento gozaba de su favor, convocó el Concilio de Nicea con la esperanza de poner fin a los escandalosos debates que estaban perturbando la paz de la Iglesia.

El gran concilio convocado en esta coyuntura fue algo más que un evento fundamental en la historia del cristianismo.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Julio. Por los ancianos

Recemos por los ancianos que representan las raíces y la memoria de un pueblo, para que su experiencia y sabiduría ayude a los más jóvenes a mirar hacia el futuro con esperanza y responsabilidad.

Agosto. Por las familias

Recemos para que los pequeños y medianos empresarios, duramente afectados por la crisis económica y social, encuentren los medios necesarios para continuar su actividad al servicio de las comunidades en las que viven.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

La *Nativity School* de Worcester deja de ser «católica»

ATENDIENDO a las indicaciones contenidas en la *Instrucción* publicada recientemente por la Santa Sede a través del Dicasterio para la Educación Católica titulada «La identidad de la escuela católica para una cultura del diálogo» y lo prescrito en el Código de Derecho Canónico, el pasado 6 de junio monseñor Robert J. McManus, obispo de Worcester, prohibió a la *Nativity School*, escuela de dicha diócesis, el identificarse como una escuela «católica» y usar el título «católica» para describirse a sí misma.

La medida ha venido motivada por la ostentación por parte de la escuela, desde enero de 2021, de las banderas *Gay* y *Black Lives Matter*. Según la administración escolar dichas banderas representan la inclusión y el respeto de todas las personas que promueve la escuela. Sin embargo, monseñor McManus considera que estos símbolos encarnan agendas o ideologías específicas que contradicen la enseñanza social y moral católica. La bandera del «Orgullo Gay» representa el apoyo al matrimonio homosexual y a vivir activamente un estilo de vida gay, mientras que el movimiento «Black Lives Matter» se ha apropiado de la frase –la Iglesia católica enseña que toda la vida es sagrada, respalda inequívocamente la frase «las vidas de los negros im-

portan» y afirma firmemente que todas las vidas importan– y promueve una plataforma que contradice directamente la enseñanza social católica sobre la importancia y el papel de la familia nuclear y busca desbaratar la estructura familiar en clara oposición a las enseñanzas católicas.

Según el obispo de Worcester «el ondear estas banderas frente a una escuela católica envía un mensaje contradictorio, confuso y escandaloso al público sobre la postura de la Iglesia sobre estos importantes temas morales y sociales». Por este motivo en marzo de 2022 monseñor McManus pidió a la escuela que retirara las banderas, a lo que la administración de la misma se ha negado amparándose en «el compromiso con su misión, fundamentado y animado por los valores del Evangelio, la enseñanza social católica y su herencia jesuita».

En vista de la actitud de la escuela y después del intento fallido por encontrar alternativas a la promoción de los valores que la comunidad escolar quiere transmitir, el obispo ha decidido prohibir que dicha escuela pueda seguir llamándose «católica» porque, según ha afirmado, «es mi deber sagrado y mi responsabilidad inherente como obispo diocesano determinar cuándo una escuela que dice ser «católica» está actuando de tal manera que es contraria a las enseñanzas de la Iglesia católica e ignora mi autoridad legítima como

guardián y supervisor de educación católica en la diócesis de Worcester».

Además de la prohibición mencionada, monseñor McManus ha prohibido también que se celebren misas, sacramentos y sacramentales en las instalaciones de *Nativity School*, que dicha escuela organice cualquiera de estos actos en iglesias o capillas de la diócesis, que recaude fondos a través de instituciones diocesanas ni se anuncie en directorio diocesano. Finalmente, ordena que el nombre del obispo emérito Daniel P. Reilly sea eliminado de la lista de la Junta Directiva de *Nativity School*.

Masacre de cristianos en Nigeria

El 5 de junio, festividad de Pentecostés, cuando los fieles de la parroquia de san Francisco Javier de Owo (Ondo, Nigeria) acababan la celebración de la misa y se disponían a abandonar el templo apareció de pronto un grupo de terroristas que comenzaron a disparar a los asistentes e hicieron explotar diversos artefactos dentro y fuera de la iglesia, asesinando a 38 personas y dejando heridas a más de sesenta.

Aunque aún no se conoce con certeza la identidad de los atacantes, presumiblemente pastores musulmanes de la etnia fulani, monseñor Jude Arogundade, obispo de Ondo, ha afirmado que, sin duda, se trata

de terroristas cuyo principal objetivo es «aterrorizar a los cristianos y matar todos los que era posible». «Otro motivo remoto y sin fundamento –añadía monseñor Arogundade– podría ser enviarle un mensaje político al gobernador del estado de Ondo, Rotimi Akeredolu, cuyos grandes esfuerzos para expulsar a los bandidos de los bosques de Ondo y su firme decisión de enfrentarse a la insurgencia en el país ha suscitado la atención nacional y el descontento de algunos». En cualquier caso «el motivo detrás de la idea satánica de asesinar a personas inocentes que viven en paz solo podría hacernos concluir que quienes lo hicieron son asesinos sin sentido».

De hecho, cada vez son más frecuentes los ataques hacia cristianos en este país africano de mayoría musulmana que cuenta con un 28% de población cristiana y el mayor número de seminaristas de todo África y donde el pasado año fueron asesinados por su fe al menos 4.650 cristianos y casi 900 lo han sido en los tres primeros meses de este año. A mediados de mayo una turba de musulmanes atacó e incendió iglesias católicas en Sokoto, en protesta por la detención de los sospechosos de lapidar y quemar viva a la joven cristiana Deborah Yakunu, acusada de ofender a Mahoma, y la medianoche del pasado 25 de mayo hombres

armados irrumpieron en la rectoría de la iglesia de san Patricio, también en la diócesis de Sokoto, y secuestraron al párroco padre Stephen Ojapa y al padre Oliver Okpara, junto a dos niños que viven en la casa parroquial.

Aunque muchas veces estos ataques se intentan justificar como consecuencia de disputas territoriales, pobreza y desigualdades sociales –el presidente de Irlanda, Michael D. Higgins, ha llegado a afirmar que el ataque de los pueblos pastores contra cristianos en las iglesias es consecuencia del cambio climático y la necesidad de estos pueblos de buscar cierta seguridad alimentaria–, dicha conclusión es totalmente equivocada.

«Los terroristas –insiste monseñor Arogundade– están masacrando, hiriendo e instalando el terror en diferentes partes de Nigeria desde hace más de 8 años, no por algo razonable sino porque son malvados, ¡y punto!». «La persecución a los cristianos es muy real y cualquiera que diga lo contrario está siendo deshonesto». En caso contrario, continúa el obispo de Ondo, cómo justificar los incesantes casos de secuestros (muchos con resultado de muerte), ataques a muchas iglesias y seminarios, ataques a comunidades, ataques al transporte público, ataques a mercados, etc., que han sido las marcas registradas de los terroristas, especialmente en la región norte de Nigeria. Hay un miedo profundo en todas partes del país.

Y el horrendo crimen del pasado 5 de junio pone de manifiesto una vez más el genocidio que viene perpetrándose contra los cristianos en Nigeria, procurando no solo el exterminio de las personas sino también de su religión, sus valores y sus tradiciones.

Altar de la iglesia de san Francisco Javier el día después del ataque





Actualidad política

Jorge Soley Climent/ Piero Viganego Busquets

La mayor noticia falsa de Canadá: la fosa común de Kamloops, des- acreditada por académicos

EN mayo de 2021 se conoció la noticia del atroz descubrimiento de fosas comunes donde habían sido enterrados más de 200 niños indios recluidos forzosamente en el internado católico de Kamloops y luego asesinados. Un año después, todavía no hay rastro de los restos de ningún niño indio en los alrededores de la escuela.

«No se ha encontrado ni un solo cuerpo», ha declarado al *New York Post* Jacques Rouillard, profesor emérito del departamento de Historia de la Universidad de Montreal.

Un portavoz de la tribu local Tk'emlúps te Secwépemc confirma que no se ha exhumado ningún cuerpo y que no se ha fijado ninguna fecha para una posible excavación.

«Se trata de la mayor noticia falsa de la historia de Canadá», afirma Tom Flanagan, profesor emérito de Ciencias Políticas de la Universidad de Calgary. «Todo este asunto de las tumbas sin nombre y los niños desaparecidos ha provocado un pánico moral. Llegaron a creer cosas para las que no hay ninguna prueba y la historia cobró vida propia».

Todo surgió del trabajo de una joven antropóloga de la Universidad del Valle de Fraser, Sarah Beaulieu, que

escaneó el lugar y dijo que los sensores remotos habían detectado «anomalías» y «reflejos» que indicaban que los restos de los niños podrían estar enterrados en el lugar.

Eldon Yellowhorn, profesor y presidente fundador del departamento de Estudios Indígenas de la universidad, indio Pie Negro cuyos familiares fueron alumnos de esos internados, lleva buscando e identificando tumbas de niños desde 2009 en nombre de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Canadá. Las tumbas que ha encontrado hasta ahora son las de verdaderos cementerios, con niños que murieron no siempre por motivos claramente definidos pero en su mayoría por enfermedades diagnosticadas, como la gripe española. Yellowhorn no niega que pueda haber cuerpos de niños en Kamloops, pero todo lo que tenemos hasta ahora son «reflejos» de radar y habría que buscar...

Los profesores universitarios canadienses que ahora han denunciado el engaño también cuestionan los informes que afirman que al menos 150.000 niños indígenas fueron obligados a asistir a internados. Flanagan y otros argumentan que esta cifra es, en el mejor de los casos, engañosa, ya que un gran porcentaje de padres indios optaron voluntariamente por los internados como única forma de que sus hijos recibieran una educación.

Tomson Highway, conocido compositor, autor y pianista indio, ha declarado que: «fui porque mi padre quiso. Era analfabeto y no quería que nos pasara lo mismo a sus hijos, así que fuimos». La escuela Guy Hill a la que asistió no era perfecta y Highway declara que fue testigo y víctima de algunos abusos. Pero «no vi ninguna muerte extraña... La mayoría de los blancos que estaban allí eran amables. La educación que recibí allí... me preparó para la vida».

Elecciones en el Líbano en medio de una profunda crisis

El Líbano es aquel siempre frágil milagro de coexistencia entre diferentes grupos religiosos que cada vez más está más erosionado, si es que aún sobrevive algo de lo que en su día fue un modelo para muchos. Las últimas elecciones libanesas han supuesto un cambio: **Michel Aoun**, el presidente cristiano maronita tradicionalmente aliado del partido chiíta Hezbollah ha perdido una importante parte de su apoyo electoral como consecuencia del crecimiento del partido cristiano de la oposición, las Fuerzas Libanesas lideradas por **Samir Geagea**.

En este vuelco electoral, que acaba con las mayorías vigentes hasta ahora, ha tenido un importante peso la intensa crisis económica libanesa iniciada en 2019 por el exceso de deudas y que se agravó con la pandemia, el colapso de los ingresos turísticos y, finalmente, la explosión de un depósito de nitrato de amonio en Beirut que devastó el puerto comercial, destruyendo también el principal puerto de entrada para todas las importaciones. Una tormenta perfecta que provocó una de las tres peores crisis económicas del mundo en los últimos 150 años,



El líder de las Fuerzas Libanesas, Samir Geagea, y el líder del Movimiento Patriótico Libre, Michel Aoun

según la estimación del Banco Mundial, con una contracción del PIB superior al 40%.

La expectativa para estas elecciones era conseguir un gobierno estable que pudiera negociar los préstamos con el Fondo Monetario Internacional. Bajo la constitución vigente, el reparto de cargos se hace de este modo: el primer ministro

La cuestión de quién detenta la soberanía, si el Estado libanés o las milicias que controlan de facto el territorio, va a ser determinante para el futuro del país con la comunidad cristiana más numerosa (en torno a un 40% de su población) de Oriente Próximo.

debe ser un musulmán suní, el presidente es siempre un cristiano maronita (Michel Aoun, desde 2016) y el presidente del parlamento un musulmán chiíta. Hasta ahora el parlamento estaba dominado por el partido chiíta Hezbollah, aliado de Irán y con una milicia, más poderosa que el propio ejército regular, arraigada en

el sur del país. La novedad en estas elecciones ha sido la aparición de nuevos partidos y políticos independientes, alimentados por el hartazgo ante la crisis que vive el país y que se han ido desarrollando de la mano de las protestas que han sacudido el Líbano los últimos años.

Hezbollah ha conservado sus escaños, pero sus aliados cristianos del partido de Aoun han perdido terreno, haciendo que la coalición liderada por el partido chiíta haya perdido la mayoría parlamentaria. Siendo la milicia chiíta la única que ha conservado sus armas tras la guerra que asoló el Líbano de 1975 a 1990, el líder de las Fuerzas Libanesas, Samir Geagea, ha hecho de este asunto su caballo de batalla y exige el desarme de las milicias chiítas. Este hecho, y la capacidad de Hezbollah para imponer su criterio por la fuerza, es el motivo de que muchos de los diputados independientes se plieguen a las órdenes de la milicia chiíta. Así, la **cuestión de quién detenta la soberanía, si el Estado libanés o las milicias que controlan de facto el territorio, va a ser determinante para el futuro del país con la comunidad cristiana más numerosa (en torno a un 40% de su población) de Oriente Próximo.**

Jubilados y musulmanes mantienen a Macron en la presidencia de Francia

El pasado 24 de abril se celebró en Francia la segunda vuelta de las elecciones presidenciales entre Emmanuel Macron y Marine Le Pen, con victoria del primero. Unas elecciones que se centraron en cuestiones tales como la amenaza de crisis económica, el papel a jugar en la guerra entre Rusia y Ucrania o la cuestión migratoria. La primera vuelta ya había resultado en una victoria de Macron, con el 28% de los votos, seguido de Le Pen, con un 23%. Cerca quedó Mélenchon, candidato de la extrema izquierda (22%) y lejos de ellos el derechista Eric Zemmour (7%).

¿Cuáles han sido los motivos que han llevado a la victoria final de Macron?

Con la importancia que está adquiriendo la comunidad musulmana instalada en Francia y el envejecimiento de la población y su deseo de estabilidad política, la gran cuestión es si queda aún alguna esperanza de recuperación en el futuro de una Francia fiel a su historia y vocación

En primer lugar, estas elecciones han tenido como punto principal de debate la cuestión migratoria. La amenaza de la desaparición de la Francia que conocemos debido a la inmigración masiva y el aumento de zonas sin ley se han convertido



Macron, reelegido presidente de Francia

en un debate latente en los últimos años. Convertido ya oficialmente en un desafío nacional, no hay acuerdo en cuanto a las soluciones. Por un lado, Le Pen y Zemmour eran los candidatos que abogaban por las soluciones más radicales. Particularmente Zemmour hizo de ello el eje de su campaña: con su lema «Para que Francia siga siendo Francia» y su partido denominado «Reconquista», su popularidad creció durante los primeros compases de la campaña. Sin embargo, el protagonismo de la guerra en Ucrania, donde declaraciones pasadas ensalzando la figura de Putin como líder y poniéndolo como ejemplo para Francia mermaron su atractivo electoral, benefició a Le Pen, que ha desarrollado una campaña muy medida, pensada para evitar la movilización masiva de quienes rechazan sus postulados.

Por su parte, Macron, aunque también ha endurecido su postura en relación a la inmigración, la ha encarado como una cuestión europea y ha propuesto medidas mucho más suaves que su principal contrincante, lo que le ha permitido reunir en la segunda vuelta gran parte del voto que Mélenchon se había llevado en la primera vuelta, incluida la

inmensa mayoría del voto islámico, que cada vez pesa más en los comicios franceses.

Por otro lado, el voto de los jubilados ha jugado un papel fundamental en el resultado de estas elecciones. Este grupo, que es el que más participa en las elecciones, se decantó masivamente por Macron (80% del voto de los mayores de 70 años). Según los analistas, a pesar de estar preocupados por el devenir de Francia y considerar que Le Pen está más preparada para afrontar el problema que Macron, han decidido finalmente su voto por aversión al riesgo. Siendo conscientes de que las medidas disruptivas planteadas por Le Pen provocarían tensiones, su preferencia por la estabilidad en el corto plazo ha decidido el sentido de su voto.

Ahora, la gran cuestión que se plantea tras estas elecciones es si con el creciente peso electoral de los votantes surgidos de la inmigración, la importancia que está adquiriendo la comunidad musulmana instalada en Francia y el envejecimiento de la población y su deseo de estabilidad política, queda aún alguna esperanza de recuperación de una Francia fiel a su historia y vocación en el futuro.

Studium Orlandis (Barcelona) CURSO 2022-2023

«Una verdadera educación permite desarrollar plenamente la propia humanidad»



Studium Orlandis

Organiza

Fundacion Ramón Orlandis
<http://fundacion.orlandis.org>
+info: studium.orlandis.org

Colabora

Haz tu donativo a esta cuenta:
ES18 2100 1366 1202 0008 2911

Contacto

+34 679 601 404
studiumorlandis@orlandis.org

— Virtud & Letras —
studium.orlandis.org



Studium Orlandis

¿QUÉ ES?

Studium Orlandis es una iniciativa familiar para la formación cristiana de los niños desde 4º de Primaria hasta 1º de la ESO.

¿DÓNDE? ¿CUÁNDO?

Nos reunimos en los locales de la parroquia Virgen de la Paz (Barcelona), los martes y jueves de 17:30h a 19:30.

Educación

La madurez de un niño requiere un ambiente de amistad, interés por la verdad y admiración por todo aquello que nos lleva a descubrir a Dios.

La educación no es conformar desde fuera un niño a partir de determinados prejuicios, sino ayudar eficazmente a que éste crezca según lo que es propio de la naturaleza humana.

En el entorno actual muchas familias necesitan ayuda para que el niño adquiera las dimensiones humanas y conocimientos adecuados para crecer intelectual y afectivamente.

ARTE Y LETRAS

- ESCUCHAR:
Taller de música
- CONTEMPLAR
La belleza de Dios y su obra
- INTERPRETAR
Aula de teatro
- ESCRIBIR
Taller de escritura
- RAZONAR
Taller de matemáticas

INICIATIVA FAMILIAR

La educación depende fundamentalmente de la familia. La tarea educativa corresponde a los que han transmitido la vida.

COMPLEMENTO ESCOLAR

La escuela debe estar en perfecta continuidad con la educación recibida en la familia.



La educación conduce a la contemplación de la verdad, del bien y la belleza

Nuevas publicaciones de las obras completas de Francisco Canals

Obras completas de Francisco Canals. 11A: Escritos políticos (II)

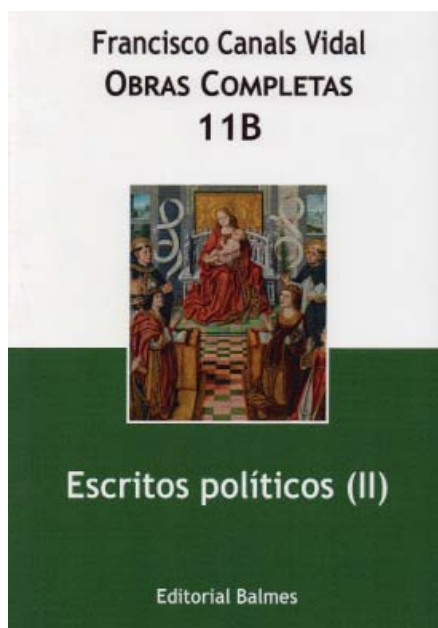


El presente undécimo volumen de las *Obras completas* de Francisco Canals Vidal continúa la temática política, englobada en los volúmenes 10, 11 y 12. En *Escritos políticos I* (volumen 10) el material está ordenado en dos apartados: historia de las ideas políticas y principios de la filosofía política. El actual *Escritos políticos II*, que por su extensión ha sido necesario dividirlo en dos tomos, nos ofrece los principios políticos constitutivos del Reino de España, su historia política y la influencia de la política en la Universidad (volumen 11A) junto con comentarios relacionados con la actualidad política de ese momento (volumen 11B). Finalmente, los *Escritos políticos III* (volumen 12) versa sobre historia de Cataluña y comentarios de actualidad política catalana.

El lector que haya ido siguiendo la publicación de las *Obras completas* puede quedar sorprendido y admirado no solo por la profundidad del pensamiento filosófico y teológico, sino también por la pluralidad temática que abarcan los escritos de Francisco Canals, entre los que también se encuentra el ámbito político. En concreto, su reflexión política comprende los fundamentos filosóficos de la política, la enseñanza de la historia, tan absolutamente necesaria para una memoria veraz del pasado, y finalmente un análisis de las circunstancias concretas en que se desenvuelve la compleja vida política cotidiana.

El presente tomo consta fundamentalmente de tres apartados. Los dos primeros recogen un conjunto de artículos que versan sobre los principios constitutivos y la historia de España de los siglos XIX y XX, con la intención explícita de tomar conciencia de las exigencias políticas que conlleva este reciente pasado y al mismo tiempo hacer más comprensible la actualidad. El tercer apartado lo constituye un conjunto de artículos de marcado carácter periodístico, escritos entre 1974 y 1984, centrados en la política educativa que el autor vivió intensamente por su dedicación universitaria.

Obras completas de Francisco Canals. 11B: Escritos políticos (II)



El presente tomo recoge artículos de marcado carácter periodístico pertenecientes al periodo 1971-1988, es decir, a lo que se ha venido llamando la Transición política de España y el primer gobierno socialista, todos ellos referidos al análisis de la situación política en general, la política religiosa del gobierno y la actitud de la jerarquía ante la nueva situación —principalmente relativos a la revisión del concordato en el marco de la nueva constitución, la introducción del divorcio en la legislación española y la importancia de las entonces recientes beatificaciones de los mártires de la guerra del 36— y la reflexión sobre cuestiones de política internacional.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



Ejercicios para «en todo amar y servir» al Corazón de Jesús

Arellano Librada, Santiago

Editorial: Fons Vitae

432 páginas

Precio: 20,00 €

Esta obra contiene los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola que impartió el padre Santiago Arellano en

Radio María durante la Semana Santa de 2018.

En estas meditaciones que ahora se publican en forma de libro, el lector encontrará una fuente de agua viva para su vida espiritual, además de una antología de textos clave de santos y doctores que le guiarán durante los ejercicios para encontrarse con el Señor con mayor intimidad y profundidad espiritual.



Santa Margarita María de Alacoque. Obras completas

Cervera Barranco, Pablo

Editorial: Monte Carmelo

208 páginas

Precio: 35,00 €

Jesucristo constituyó providencialmente a santa Margarita María de Alacoque como heredera y apóstol del mensaje nuclear de la fe cristiana, de su Corazón. La actualidad de su mensaje es la actualidad permanente de la persona y obra de Cristo para con los hombres. La Santa, en la línea de una larga tradición, que empezó en el evangelista san Juan, recoge las riquezas del Dios hecho Corazón, herido por nuestros pecados, inflamado de amor redentor vivo y ofreciéndonos ese Amor «que tanto ha amado a los hombres» y de los que desea recibir amor y reparación por los pecados.

En el presente libro podrá encontrar el marco biográfico y su *Autobiografía* y escritos autobiográficos y espirituales, consejos particulares, desafíos e instrucciones, oraciones y cánticos, así como sus cartas y una completa bibliografía.



El Corazón de Jesús y su amor para con nosotros

San Francisco de Sales

Editorial: Didaskalos

309 páginas

Precio: 14,00 €

San Francisco de Sales, conocido como el Doctor del amor o el santo de la amabilidad, adoptó como norma de vida y de apostolado la actitud fundamental del Corazón de Cristo, esto es, la mansedumbre y la humildad. En todos sus escritos resalta el infinito amor que Dios nos tiene, su paciencia y misericordia para con nosotros, y la necesidad que tenemos de corresponder a su amor. En el amor de Dios, dice, tiene origen el amor del prójimo y por ello nos exhorta continuamente al amor, porque el amor es «la vida del corazón».



ADORO TE DEVOTE

Te adoro con devoción, Dios escondido, que estás aquí verdaderamente, oculto bajo estas apariencias.

A Ti se somete mi corazón por completo, pues al contemplarte cae rendido totalmente.

Al juzgar de Ti, se equivocan la vista, el tacto, el gusto, pero basta el oído para creer con firmeza.

Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios: nada es más verdadero que esta Palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la Divinidad, pero aquí se esconde también la humanidad.

Sin embargo, creyendo y confesando ambas cosas, pido lo que pidió el ladrón arrepentido.

No veo las llagas como las vio Tomás, mas como él te llamo: «Dios mío».

Haz que siempre crea más en Ti,
que espere más en Ti, y que te ame cada día más.

¡Oh, Memorial de la muerte del Señor! Pan vivo que das vida al hombre: concede a mi alma que viva de Ti y que siempre saboree tu dulzura. Oh, Señor Jesús, Pelícano bueno, límpiame a mí, inmundo, con tu sangre, de la que una sola gota puede liberar de todos los crímenes al mundo entero.

Oh, Jesús, a quien ahora contemplo entre velos, te ruego que se cumpla lo que tanto ansío: que al mirar tu rostro cara a cara, sea eternamente feliz con la visión de tu gloria.

Santo Tomás de Aquino